

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE
PUNTO
ROJO

desertor y falsario

peter debry



DESERTOR Y FALSARIO

PETER DEBRY



Colección

PUNTO ROJO n.º 634

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 12.506 — 1974

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: junio, 1974

© Peter Debry - 1974 texto

© Desilo - 1974 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2

Barcelona — 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

COLECCION

PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.294 — Corral da endemoniados.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.230 — Morir de miedo.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.043 — Gallos plateados.

En Colección CALIFORNIA:

807 — La muerte a la grupa.

En Colección SALVAJE TEXAS:

805 — La ley de los pistoleros.

En Colección COLORADO:

7S1 — El retorno del fusilado.

En Colección PUNTO ROJO:

627 — Un vampiro en los estudios.

En Colección ASES DEL OESTE:

663 — La marca del desesperado.

En Colección KANSAS:

720 — Banda de embrujados.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

97 — La maldición de Laffit.

En Colección BRAVO OESTE:

550 — Dos para un patíbulo.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

10 — Tumbas tempranas.

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Se complace en anunciar la incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**Lou
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

LA HUELLA

La intriga, el suspense y la acción incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

APARECERA A LA VENTA EN JUNIO

CAPÍTULO PRIMERO

GUNTER Braun manejaba la pala con cierta torpeza, apartando montones de estiércol reseco. A cada braceo, se bamboleaba la Cruz de Hierro, colgando a modo de corbatín del cuello de su camisa militar.

Sentado sobre unos troncos de abeto, Hans Klement soplabla suavemente en su armónica. Tenía aspecto de frailón jovial, y sus claros ojos azules reían constantemente.

Colocándose la pala bajo el sudoroso sobaco, Braun se escupió en las manos, mirando en torno. Le gustaba aquella cabaña de leñador, de una sola y amplia estancia.

Klement removió las pesadas botas taconeando al compás de una musiquilla pegadiza, y entre dientes, canturreó Braun, frunciendo el ceño:

Si te impacientas, soldado, pégate un tiro y quedarás aliviado. Yo ando muy molido, pero ya respiro.

Estoy, por fin, cumplido.

Apartando la armónica de su ancha boca, rió Klement con su peculiar ruido nasal, que semejaba un relincho. Braun volvió a hincar la pala en el suelo de tierra y fue excavando. Su negro cabello brillaba con la pátina de la transpiración.

—Trabaje con alegría, soldado Braun —dijo Klement en tono severo — y si perdió la alegría, a chincharse, porque lo perdió todo.

Desmintió su fingida severidad con una honda risotada. Braun se irguió, y, tirando la pala en el incipiente hoyo, vino a sentarse en los troncos aserrados. Le dio ion codazo a su compañero.

—Hazme el pajolero favor de recordar que soy un intelectualoide de capital. Tú, en cambio, para tu bien, eres un robusto campesino, y la pala es tu amiga de la infancia. Arrea con ella y no seas gandul, Klem.

Klement se guardó la armónica y, en pie, desperezó su voluminosa humanidad. Fue al lugar, donde sobre una extensa lona tendida en el suelo, se amontonaban, en compacta mezcla, dos fusiles, dos bayonetas, dos cascos y dos cartucheras.

En una esquina de la lona había dos macutos de tropa y un gran saco.

El saco, repleto, era de recia piel, como un odre. Hurgó Klement en su interior y, sacando una garrafa, la elevó en el aire, sosteniéndola por

el asidero lateral, junto al ancho gollete y reposando el peso sobre su codo en alto.

Besó amorosamente el panzudo cristal y dijo:

—Mosto del Rin, dulce cariño mío, ¿quién te va a querer más que yo? Te adoro, vida mía.

Quitó el tapón con los dientes, y dio el ángulo requerido para que el espeso chorro rojizo destilara, en cantarino gorgoteo, dentro de su boca.

Preguntó Braun:

—¿Estás seguro de que no vendrá el dueño de este palacete, Klem?

Siguió deglutiendo el rubio soldado, y cortó en seco el chorro. Aproximándose, le tendió la garrafa a su compañero y afirmó:

—Soy de campo y montaña, soldado Braun. En esta época, los leñadores andan carboneando por los picachos, y no regresarán hasta dentro de unos quince días.

—Quince días de vida, a partir de hoy, Klem. Tenemos que aprovecharlos hasta el último segundo. Para evitar que me ponga declamatorio, cuéntame un chiste de los tuyos. De esos gordos que tanto te gustan.

Y Gunter Braun empinó el codo. Fue bebiendo ansiosamente, y un chorrito manchó su Cruz de Hierro.

Hans Klement recogió la pala y, con certeros empujones, fue dilatando el hoyo. Se reía, como siempre divertido ya, antes de contar su propio chiste.

Gunter Braun dejó la garrafa en el suelo y se tumbó sobre los troncos, cruzando las manos bajo la nuca, cerrando los ojos.

—Una vez estaba yo de visita en casa de una señora muy tiesa y que de tan fina que era se...

—Este ya lo conozco, Klem.

—Pero es bueno, ¿verdad? Vamos a otro. Una vez estaba yo en el tranvía...

—¿Un tranvía? ¿Qué bicho es un tranvía?

—Corría sobre rieles, pero ya hace siglos, allá por el año 40. Me habían pescado de recluta, y me senté en una banqueta. Delante de mí había un ama de cría, meciendo entre sus orondas glándulas nutritivas a un chiquitín tan esmirriado que daba pena verlo. Mitad renacuajo mitad microbio. El nenito llamó a la puerta de la despensa y el ama, cumpliendo con su sagrado deber, abrió la alacena y aplastó al bebé contra un enorme globo. El mamoncete parecía un piojillo extraviado entre dos lomas. Yo no podía apartar la vista de la zona de operaciones. La nodriza me hojeó adustamente y me dijo: «Soldado, no sea mirón.» Yo quise salir de dudas de una vez por todas y le dije: «Estoy intrigadísimo, chacha. Este nene, ¿chupa o sopla?»

Hans Klement emitió relinchos. Gunter Braun sonrió. Minutos

después, anunciaba Klement:

—Posa a la vista, señor. ¡Presenten! ¡Armas!

Y cuadrado, en alto el mentón, se inmovilizó con la pala verticalmente enhiesta entre sus dos manos, ante el torso.

Gunter Braun, levantándose, apartó los dos macutos y el saco. Fue tirando de la recia lona embreada.

Tintineaban entre sí los fusiles, bayonetas y cascos. Junto al hoyo recién abierto, Braun fue anudando la lona, formando un fardo. Lo empujó tirándolo al hoyo y, con creciente furor, asestó patadas a la tierra, echándola sobra el fardo.

Klement le ayudó con la pala y fue alisando, esparciendo estiércol, hasta que el suelo recuperó su anterior aspecto.

Incorporándose, tiró la pala bajo un pesebre, y preguntó:

—¿Ponemos una crucecita encima, soldado?

Los pardos ojos de Gunter Braun brillaban febrilmente. Se pasó el pulgar y el dedo medio por los párpados. Su diestra descendió hacia la Cruz de Hierro que colgaba de su cuello.

Iba a arrancársela rabiosamente, pero su gesto quedó truncado.

La zurda de Klement rodeaba con fuerza su muñeca y los claros ojos azules ya no reían.

—Lo siento, soldado Braun. Pero usted se ganó esta chapa a pulso, y debe estar orgulloso de ella, hasta su último aliento. ¡Vamos, Gunter! Hazme caso por una vez. Somos carne y uña desde hace casi tres años... Si me arreas, encajaré los piñazos. No vas a arrearle a un amigo inerme, indefenso y pacífico. ¿Un trago, soldado?

La jadeante respiración de Gunter Braun fue normalizándoles, y la agresiva expresión de su moreno semblante cedió paso a una sonrisa sin alegría.

—Me pone nervioso que me trinquen, Klem. Si la sangre se agolpa en el serrín cerebral, podría perder de vista que eres y has sido el único amigo que ha sabido capear mis tarascadas. Quítame la zarpa de encima...

Klement abrió la zurda, rascándose con ella la nariz. Dijo:

—A chincharse, chinchorro, decía el sargento Müller. Y se chinchó cuando un Penkoski le rajó la tragadera. Y mira que bebía, el ladrón. Fue una broma pesada la del Ivanoski, convirtiéndole en abstemio.

Se inclinó, hurgando en el saco, y extrajo un jamón, ya mediado. Mordió con voracidad, y arrancó una gruesa loncha. Lo tendió por el lado opuesto al bocado, y habló tartajosamente:

—Norte, mi sector. Sur, el tuyo.

Gunter Braun denegó, yendo a levantar la garrafa. Bebió largamente. Klement masticaba ruidosamente, rodando los ojos con voluptuosidad. La única luz dimanaba de una lámpara de carburo colgada sobre un

pesebre. Fuera, reinaba la noche silenciosa, sumiendo en tinieblas aquel paraje solitario y montañoso.

Tendido sobre los troncos, Braun parecía dormir. Transcurrido un cuarto de hora, por fin, comentó:

—Ilústreme, Klem. Si este palacete es de leñador carbonero, ¿por qué hay pesebres y estiércol?

—Cada leñador tiene su ganado propio. En esta época lo lleva a las parideras de los altos. Mantecosas ovejas, lindas vacas, simpáticas cabras, tiernas terneras... ¡Dios, qué bonitas son! Y un buen perro, por amigo fiel. Charlan con sus perros.

—El mejor modo para tener siempre razón. Te aprecio mucho, Klem. De veras. Rió, jubiloso, el soldado antes de replicar:

—Si bebes siempre mosto puro y nunca licores artificiales, la vida te resultará una gloria.

—No sé si es el aire o la falta de petardeo, pero lo cierto es que me encuentro muy a gusto aquí, Klem. Como si estuviéramos muy aislados de todo el mundanal ruido que forman los «Stukas», los «Krupp», y demás juguetes. Vivir aquí debe ser sanísimo, como residir en los altos de un quinto pino de la cumbre del Himalaya.

—Esta zona es casi el paraíso. Vive escasa gente y mucho ganado, que es la mejor compañía. Ya estaba yo harto del otro ganado, el que anda sobre dos pies, agarrado a una culata: Fenkoskis al este, Angloskis y Franchoskis al oeste, Yugoskis y Yankoskis, al sur... Un follón, vaya. Tenemos otra garrafa, Gunter. Nada de cumplidos.

Vació Braun el resto de la garrafa y, chasqueando pastosamente la lengua contra el paladar, recogió su macuto. Sentado en el suelo, piernabierto y reclinado contra los troncos, extrajo una estilográfica, una carpeta, una cajita tampón y un sello.

Dijo con tono seco y autoritario:

—Soldado Klement, ha sido usted honrado y privilegiado con un permiso muy especial, que tengo a bien concederle, porque me sale de las mismísimas narices. Quince días.

—Es usted un tío muy generoso, mi capitancete.

Y en pie, siguió Klement hurgándose los dientes con una uña.

—Quince días de vida, soldado Klement. Y pórtese en la retaguardia como corresponde a un bizarro héroe, superviviente de la piojosa Infantería más sufrida y arrolladora del puerco universo.

—Descuide, mi sargento. Ya sabe que los soldados siempre nos portamos bien. Los becerros abusadores son los suboficiales.

—«Pelikan» —y mostró Braun la pluma—. «Sexta División Panzern. Estado Mayor» —y alzó el sello.

Abrió la cajita de almohadilla entintada, y pegó un puñetazo. El sello quedó impregnado. Reiteró el golpe de puño en una esquina de los dos

impresos.

—Un sellazo que me sabe a flan succulento —rió Klement—. Ahora, mi teniente, después de escribir mi ficha y ya que está usted generoso, ¿por qué no anota que, además de quince días de vacaciones, tengo derecho al usufructo de alcaldesas y carniceras? Inscriba que es su deber sacrificarse como buenas patriotas, pero exija que sean mantecosas y cariñosotas. Las flacas y ásperas ya no son un bien público. Un soldado en permiso necesita mimos.

Braun iba escribiendo en el impreso el permiso de quince días para el soldado de Infantería, Hans Klement. Firmó ilegiblemente, y volvió a aplicar el sello, con suavidad. Dobló el impreso en cuatro y, tendiéndolo, dijo:

—Pocos son los que se merecen este obsequio con tanta justicia, soldado Klem. No lo pierdas. Podrían asomarse Gestapos...

—Si se asoman, volveré a ser belicoso y les partiré las jetas.

—¿No le gustan los Gestapos, soldado Klem? A mí tampoco.

Klement fue amontonando paja estercolada y se tumbó boca abajo, apoyando encima de sus palmas los maxilares, hundidos los codos en el blando lecho natural. Escrutaba el tenso semblante moreno de su amigo.

—No deberías ir a la capital, Gunter. Aquí se está estupendo.

—Durante mi larga ausencia y mientras yo, en tu compañía, trataba de adivinar cuál era la metralla que iba hacia los otros y la que venía hacia mí, me hicieron varias perrerías. Be esas que duelen mucho, Klem. Las que le hacen a uno en persona, si no se aguantan, matan. Estoy vivo. Las peores son las indirectas. Las que hacen a personas que mucho quisimos o que mucho seguimos queriendo. Por esta razón voy a Berlín. A meterle mano a... Hablemos de otra cosa, ¿no? Estoy algo en uvas, pero no me autoriza tal estado beatífico a ponerme sentimental.

—El primer día de tu permiso, ¿qué harás allá en Berlín?

—Pedir una bañera rebosante de agua caliente, que eche humo y huela a jabón perfumado de mujer de vida alegre. No sé por qué las llaman así. Ni nos interesa. Después exigiré toallas acariciadoras, extensas y esponjosas. Hasta me echaré talco en los pies.

¡Qué depravación! No lo puedo remediar, Klem. Soy un intelectualoide pútrido y prosaico.

¿Te pasarás loé quince días por aquí?

—Como un clavo ambulante. Saldré a explorar en descubierta por otras cabañas y aldeuchas, donde moran orondas y tiernas vaquitas de dos remos. Vamos a dejar la chacota, y hablemos como lo que somos: como dos personas serias y normales.

—¿Serias y normales, después de varios años de esto que llaman guerra? Tu cazurra inteligencia admitirá que hemos cambiado un poco desde que fuimos de caza por Polonia y luego viajamos hasta Francia,

pasando por Bélgica. Ahora que ya estamos de regreso, porque los del frente empujan, ¿crees que podemos tomarnos algo en serio, Klem?

—Esto es lo que estás haciendo. Vuelves a Berlín para... matar. El único pellejo que vale la pena es el tuyo, Gunter. Los demás, déjalos que se hinchen o desinflen por su cuenta. Si te quedas por aquí, conmigo, esperando a que este follón en que están enzarzados todos los soldaditos, termine como debe terminar, quedando pocos y los demás viviendo en paz, la vida volverá a sonreírte, Gunter.

—Ya me sonríe —y Braun miró un recorte de Prensa que había caído —de su carpeta. Leyó en voz alta—: «Hemos hallado interesantes precisiones sobre el límite de edad de algunos animales. Por ejemplo: el elefante, ochenta años de vida. La ballena, 50, como el camello y el oso pardo. El tigre y el león, 25, como los monos. Los canarios también pueden alcanzar los 25. El avestruz y el papagayo, unos 50, mientras que el buitre vive unos 100. La palma se la lleva la tortuga gigante, con 180...»

—No me fío de ti —y Klement cogió el recorte—. Te inventas muchas guasas... Ah, pues no era guasa, ¿Quién fue el hijo de Satán que escribió esta chinchorrería?

—Luther Werman, un periodista, que estudió conmigo. Voy a visitarle para partirle el hocico y la muñeca derecha. Están pringando unos miles de Infantería a diario, en el viaje de vuelta, y el gandul de Werman se pone a calcularles los años a los bichos. Tendré que darle un informe sobre el promedio de vida de un soldado de infantería alemana: de un día a tres años. El que pasa de los tres años, se debe a que está en un hospital, donde intentan numerarle los huesos y mantenerlo en pie, a base de coserlo con alambres. Cuando no lo consiguen, lo echan al cubo de la basura. Nosotros nos anticipamos.

Y apuntó con el índice hacia la tierra alisada bajo la cual estaba enterrado el fardo.

—Ahí yacen los restos bélicos de dos soldados. Klement sacó la armónica del bolsillo de su guerrera.

—Sopla algo alegre, Klem.

—*¿Lili Marlén?*

—Me entrarán ganas de berrear. Es tristona, pero tan dulce...

—Te chinchas.

Klement fue interpretando los compases de la famosa canción. Cerrados los ojos, mientras sonaba la música, Braun parecía delirar:

—Se llama Irma la que fue mi amor. Sus ojos son anchos y grises, profundos como las aguas de un lago en el bosque. Se horrorizaba mi Irma cuando yo decapitaba a una lagartija. Era muy sensible mi Irma. Y... ¿Qué hicieron de mi Irma? Su boca era un bayonetazo en una granada madura. Entre confusiones y rubores, me dio su primer beso.

Solamente a ella amé... ¿Qué hicieron de mi Irma?

Gunter Braun se puso bruscamente en pie. Klement apartó la armónica.

—Cantó el gallo, Klem. Pronto amanecerá, y he de encontrar transporte.

—Los camiones lecheros pasan por donde te señalé, cuando llegamos.

Braun, cerrándose el cuello de la camisa, se ajustó la cinta de la que pendía la Cruz de

Hierro. Se encasquetó a un lado el gorro militar. Klement se levantó con lentitud, tristes los ojos.

—Te deseo que encuentres docenas de vaquitas cariñosotas, Klem. Y que en este santuario de paz halle la dicha la ermita de tu corazonazo. Si no fuéramos soldados, Klem, te abrazaría. ¡A chincharse!

Gunter Braun dio media vuelta, caminando con paso rígido. La armónica inició una marcha militar. Se detuvo Braun, volviéndose. Klement dejó de soplar y dijo:

—Si fueses lo que eras antes, una persona educada, me darías la mano por lo menos. Braun avanzó, y entre sus dos manos sacudió la ancha diestra de Hans Klement.

—Por poco que pueda, Klem, trataré de volver aquí. Me gusta este palacete, aislado como un belén.

—Por poco que pueda, Gunter, me daré un brinco hasta Berlín. No por ti... comprenderás que después de tres años de verte a diario, puedo pasarme algunos días sin tal bicoca. Quiero ver de cerca a ese que se las sabe todas.

—¿Adolf?

—No. Al mandón de la Gestapo. Ese que dijo en secreto a sus esbirros: «Los soldados luchan porque nosotros nos cuidamos de mantenerles el espíritu de lucha». Hay noches en que sueño en que agarro a Himmler, le cambio su uniforme por el mío, y le introduzco en un hoyo de tirador escucha, atacado por los cuatro costados. Yo, desde un bunker y por teléfono, me cuido de mantenerle el espíritu de lucha. Bueno, Gunter... Cuídate. Pupila y paso lento.

Gunter Braun iba ya hacia la salida. Apresuró la zancada para no oír la musiquilla nostálgica de la armónica, más doliente en aquel amanecer, sonrosado el rústico paisaje apacible de cerros boscosos, dominando el llano que se extendía hasta otro horizonte montañoso.

El resplandor anaranjado, anunciando la próxima aparición del sol, ponía tintes sangrientos en el horizonte lejano y montañoso que, como un telón, ocultaba la capital del Tercer Reich.

Capítulo II

MARGRET Braun sacó del agua jabonosa su único par de medias y lo tendió cuidadosamente, tras enjuagarlo. Secándose las manos en el delantal, acudió a la insistente llamada del timbre.

Sus cabellos dorados, casi blancos, acentuaban la melancolía de su juvenil semblante, y sus grandes ojos inocentes. No aparentaba sus cuarenta y cinco años. Su cuerpo parecía apenas formado, y el negro vestido la hacía aún más delgada.

Abrió la puerta y retrocedió, llevándose las manos al busto, dilatados los ojos, temblorosa la boca.

Cerrando la puerta, el soldado Braun manifestó:

—Todo el mundo sabe que aquí habita la *Hausfrau* (mujer de casa) más bonita, delicada y sensible que pudo Dios crear.

Margret Braun se abalanzó, desapareciendo entre los brazos del soldado. Besaba ella con frenesí, alocadamente, acariciando los negros cabellos, las enjutas mejillas, los hombros de la sahariana militar, y emitiendo su garganta rumores truncados, palabras que se quedaban en sílabas.

—Señora Braun, si se echa a llorar, me las piro y vuelvo dentro de un rato. No me trinque tan fuerte, o se queda sin el nene de la casa. ¡Dios, qué bueno es volver a verte! Si, ya puedes volver a hablar, me alegrará oír la melodía de tu voz, madre.

—Estás muy... flaco, Guntel... muy flaco...

—De la gimnasia y de tanto viajar. Si me sueltas, podré abrir mi morral de excursionista. Aunque por mí, así quiero morir y así me quedo hasta el fin de mis días. Agarrado a ti.

Margret Braun logró, por fin, serenarse, y se apartó un poco. Sus manos seguían acariciando, como si el uniforme deslustrado envolviera un tesoro.

—Tanto tiempo sin verte, Gunt. Tanto...

—Gajes del oficio, señora. Cada vez que me iban a firmar el billete vía Berlín, salía algún gracioso, exigiendo que el soldado Braun trabajase en su oficio.

Del macuto extrajo una caja plana.

—Esto viajó conmigo meses y mesas. Seis pares de medias, francesas y coquetas.

Sonrió ella, extasiada, abriendo y mirando la gasa enfundada. De pronto ensombreció el semblante:

—Las privaciones hemos de soportarlas y compartirlas todas las madres y esposas alemanas, Gunt. Estos lujes...

—¡Alto! ¿Me equivoqué de puerta? ¿Estoy en mi hogar o en el Ministerio de Propaganda? Tengo un permiso de quince días, y no quiero oír rollos ni follones... Perdona, pero entre la tropa fui perdiendo el estilo universitario.

—Esconderé tu magnífico regalo, Gunt. ¿Tienes hambre?

—Hambre de contemplarte. Vacía el macuto. Hay chocolate, leche condensada, carne en lata y bizcochos. Una partida inglesa, que adquirí barata. ¿Y el reloj que estaba allí? — señaló la repisa—. ¿Lo empeñaste o lo vendiste? No me lo digas.

—Desde que tu padre... Me arreglo muy bien con la paga que me has ido mandando, porque eres un buen hijo... No me privo de nada. Siéntate, Gunt. Es verdad lo que te escribo siempre.

—Y no llevas medias, porque estamos en primavera.

—Siéntate, Gunt. No estés como un extraño en tu hogar.

—En la carta donde decías que mi viejo pasó a mejor vida, decías que fue una pulmonía. Era robusto, y no había pulmonía capaz de tumbarlo.

—Escaseaba el carbón, y en invierno... Estoy muy orgullosa de ti, Gunt. Hasta la Prensa habló de tu heroico comportamiento —y acarició ella la Cruz de Hierro—. Todas nuestras amistades me felicitaron. Después, se extrañaban de que no te hubiesen ascendido.

—Por culpa de los suboficiales, que tienen manías. Opinan que demuestro cierta tendencia a no ser disciplinado, cien por cien. ¿Tienes que ir a algún sitio?

—Tendrás que excusarme, Gunt, pero debo ir unas horas a casa de una amiga enferma, y aunque quisiera quedarme contigo todos los minutos de tus quince días...

—Primero el deber y la amistad, madre.

—Gunt... Has de ir a ver a Stefan.

—Que venga él aquí.

—Yo le llamaré. Espéralo... y no seas duro con él. Es bueno, pero distinto de carácter.

Además es mayor que tú.

—Un año. No te preocupes. Tus deseos son órdenes para mí. ¿Te acompaño a casa de tu amiga?

—¡No, no! Quédate esperando a Stefan. Soy muy feliz, Gunt. Muy feliz. Volveré lo antes posible. No... no has cambiado mucho.

Y salió ella precipitadamente, sin darse cuenta de que no se había quitado el delantal.

Gunter Braun, a solas, crispó los puños. Ella se había ido para no estallar en sollozos. Sí que había cambiado todo. Y mucho.

Las manos finas y blancas de Margret Braun eran ahora curtidas y de yemas ennegrecidas. El Berlín arrogante mostraba humillantes heridas en sus muros derrumbados. Gunter Braun, tres años antes, alegre y optimista, volvía amargado, deseoso de vengar una honda herida invisible.

Recorría las habitaciones. Un piso que estuvo amueblado con elegante buen gusto, aparecía ahora desnudo, con los muebles esenciales. Ya no entibiaban las paredes cuadros ni tapices. Ya no afelpaban el suelo las alfombras.

Regresó al recibidor. Por debajo de la puerta acababan de lanzar un sobre. Recogiéndolo, vio Braun que estaba abierto. Leyó su contenido y, estrujando el sobre, sobresalieron sus maxilares, en musculosa contracción. Volvió a efectuar una lenta peregrinación por el piso.

Estaba nuevamente en el recibidor, cuando sonó el timbre. Abriendo, se hizo a un lado, fingiendo una grotesca reverencia.

Stefan Braun, capitán de las SS, acabando de quitarse los guantes, los echó dentro de la gorra que dejó sobre la mesa.

Cerrando la puerta, Gunter Braun se irguió, endurecidas las facciones. Los dos hombres se miraron en silencio y por fin sonrió el capitán.

—Me corresponde a mí cuadrarme, caballero Cruz de Hierro.

—Estamos en casa. Te relevo de la obligación rutinaria. Te sienta bien esta ropa negra,

Stefan. Como si acabases de salir de un estuche. ¿Qué colonia usas? ¿Lirios malvas o cardos en capullo?

—Desfógate sin cortapisas, muchacho.

—Nada de muchacheos, Stefan. Tengo veinticuatro años, según la partida de nacimiento, pero se me antojan triplicados. El año que me llevabas de ventaja no se nota ni con lupa.

Había bastante parecido entre ambos hermanes. Más claro el cabello de Stefan, más fríos los pardos ojos y más delgados los labios.

—La guerra no la ganan solamente los soldados, Gunter. Son también necesarios los burócratas, y las pocas veces que nos pudimos ver en estos tres años, procuré o mejor dicho, intenté convencerte de ello. No empecemos otra vez a discutir. Si has sufrido, yo también. Si detestas mi Uniforme, yo lo llevo con mucho orgullo. Y nada podrá borrar los muchos años que vivimos muy unidos. Te he echado siempre de menos, Gunter.

—Y yo a ti. Pese a todo, como dices, crecimos juntos.

—Dos veces intenté tenerte conmigo. Las dos veces lo rechazaste. — Y sentándose, añadió Stefan—: ¿Por qué, Gunter? ¿Acaso es deshonesto

mi uniforme para ti?

—Ningún oficio es deshonoroso, si se actúa con honor, Stefan. Pero yo no tengo vocación de policía implacable.

Si, rechacé, por dos veces, firmar la instancia que tú enviabas por otro conducto, para mi ingreso en tu organización, se debe a que sólo sirvo para soldado raso.

—¿Por qué lo crees así?

—Porque me cisco en la disciplina, porque me cisco en... hablemos de otra cosa.

—¿Qué tal encontraste a «mutti»?

—Delgadísima. La dejé rolliza y lozana.

—El racionamiento nos afecta a todos por un igual.

—¡No! —Y Gunter Braun pegó un puñetazo sobre la mesa—. ¡No! Si te sabe mal, mi capitán, te aguantas. Yo soy tan patriota como tú, y deseo igual que tú, que Alemania sea una gran nación. Por lo menos, con esta consigna muy metida en el alma, salí a tirar al blanco. ¡Y lo que estoy viendo aquí en mi propia casa, es canallesco!

Stefan Braun se puso en pie, como movido por un resorte.

—Rectifica lo que acabas de decir.

—He dicho canallesco, y no le quito ni una letra. ¿Qué hiciste tú cuando el viejo tiritaba de frío, escupiendo a veces sus pulmones?

—Yo estaba en el frente Este.

—Pero ella te escribió. Tú podías exigir que en la casa de dos patriotas, que ya pasaban bastante frío en las trincheras, hubiese calefacción para el papá de los dos héroes Braun.

—No admito tu tono sarcástico.

—¡Te chinchas! Estabas en el frente, entonces, conformes. Pero hace ya mucho tiempo que estás en Berlín. Tus ascensos relámpago, te valieron un cargo burocrático. ¿Por qué pasa hambre ella? ¿Por qué la tienes racionada? ¿Por qué me dice ella que visita a una amiga enferma, si trabaja de cajera en un almacén?

—Quizá ignoras que me casé, Gunter. Mi paga...

—¡Tu paga te la metes donde...! ¿Cómo? ¿Qué te casaste? Primera noticia. Perdí el hilo del tema. Dime por qué tienes racionada a la que nunca te racionó. Dime por qué este impreso le ordena a la señora Braun poner sus habitaciones libres a disposición de los sin techo.

—No puedo solicitar privilegios. ¡Y no te admito que seas juez de lo que no te incumbe juzgar! Estaría bueno. Ella misma fue la primera en exigirme que no hiciera diferencias entre ella y cualquiera otra madre del III Reich, y vas a venir tú a... Por favor, Gunter, hablemos de otra cosa. ¿Cuántos días te han dado de permiso?

—Quince.

—Un gran honor, ahora que precisamente han rescindido casi todas

las licencias. Tu batallón se portó muy bien en las Ardenas.

—Tan bien, que quedamos reducidos a ochenta y seis. Los que corrimos más aprisa.

¿Cuántas bajas ha habido en tu oficina? Perdona, se me escapó. O sea, que te casaste.

¿Quién es la víctima?

—Ya la conocerás. Y, por favor, ante ella refrena tu humorismo de infantería pesada. Le he hablado muy bien de ti, y ella no sabría comprender que tienes derecho a desfogarte. Podría creer que eres poco patriota, aunque ya le advertí que eras un intelectual algo rebelde. Si hablas al estilo tropa, la defraudarías.

—¿Es baronesa?

—Es, simplemente, una mujer bien educada. Esta noche, ven a cenar a casa. No me lo niegues. Te lo ruego.

—De acuerdo. Pero que me pongan una etiqueta en cada artefacto componente de los cubiertos. Sin el letrero, a lo mejor me bebo el agua del lavamanos. Y sin quiere ser chinche contigo, ¿por qué vive aquí sola nuestra madre, si tienes casa? ¿O por qué no vinisteis aquí?

—Es un asunto delicado. Cuestión de mujeres, Gunter. No simpatizan ella y Olga.

—La suegra y la nuera. La nuera es tu esposa, claro, pero la suegra es mi madre, ¿sabes? ¿Crees diplomático que vaya a cenar con tu Olga?

—Hazlo por mí. Yo sé que si ella no te da motivos, te comportarás como la persona educada que fuiste.

Miró Stefan su reloj, y fue poniéndose los guantes. Al colocarse la gorra de visera corta, añadió:

—Ven a las siete, Gunter. Y espero que habrás olvidado por completo aquella necesidad que me dijiste cierta noche, cuando te visité allá en el campamento de la costa francesa.

—No recuerdo.

—Irma...

El índice de Gunter Braun se hincó en la solapa del negro uniforme.

—Tú te cuidas de tu distinguida esposa, y yo me cuido de mis callos.

—Irma está en Berlín. Yo no puedo evitar que alguien le haya dicho ya que estás con permiso. Hablo por tu bien, Gunter. Aquella noche estabas bebido, pero no importa. Me repetiste con obstinación que tu mayor placer sería cortarle el cuello a Irma. Ella se enteró.

—¿Cómo pudo enterarse?

—Alguien de nuestra organización te oyó, en otra ocasión, declarar lo mismo.

—No te preocupes. Borracheras de soldadesca. Estoy con quince días de permiso, y sobran mujeres bonitas. Irma es como el trompo que tú y yo nos disputábamos. Infancia, cosas de infancia.

—Así ha de ser. Olga y yo te esperamos esta noche a las siete. Bien venido, hermano.

—Bien hallado, hermano.

Ya en la puerta, titubeó el oficial, antes de exponer:

—Hay un expediente del soldado Braun en nuestra organización. Nos llamas verdugos, chupasangres y otras lindezas. Nos designas como Gestapos, que es como nos califican los enemigos. Tienes derecho a ciertas libertades, porque luces esta cruz al cuello. No lo digas. Ya lo sé. Sin la cruz, también dirías lo que piensas. Pero ante Olga, modera tu lenguaje. Lo quieras o no, Gunter, yo soy de la Gestapo, y a mucha honra. Te ruego que no exageres la nota de infantería ante mi esposa.

—Puesto a ser fino, nadie me gana. Y lo quiera yo o no, eres mi hermano. Hasta luego, mi capitán.

A solas, Gunter Braun paseó, pensativo. Poco después, se dirigía al cuarto sin muebles, que había sido su dormitorio.

En un cajón estaban sus cosas de estudiante: textos, apuntes, fotos... Y encontró la foto que buscaba. Al pie, una letra picuda había escrito:

«A mi único y eterno amor,
»Irma Kleinz.»

Capítulo III

IRMA Kleinz empuñaba el revólver con la zurda, encañonando hacia el balcón de la sala.

La diestra hizo retroceder el mecanismo, y una bala se alojó en la recámara.

Comprobó que el seguro estaba puesto y, colocándose el arma en el bolsillo de la chaqueta de cuero negro, paseó meditativa.

Alta y de fuerte complexión, resaltaba su arrogancia de amazona rubia. Las negras botas le llegaban bajo las rodillas, rozando el borde de la parda falda. Una blusa blanca, con la «svática» bordada en el bolsillo, moldeaba su firme busto, que la chaqueta de cuero no lograba masculinizar.

Los rubios cabellos se trenzaban en la nuca en ancho rodete.

El rostro, sin maquillaje, tenía generalmente una expresión de dureza, que se suavizaba pocas veces. Los anchos ojos grises eran gélidos y escrutadores.

Al sonar el timbre de la puerta, se dirigió al recibidor y abrió.

Las femeninas facciones se suavizaron, y los grises ojos adquirieron dulzura. Una transformación repentina, muy íntima.

—Buenas tardes, Gunter. Celebro que hayas venido. Y... eres muy puntual.

—Me citaste para las cinco, y acaban de sonar.

Gunter Braun procuraba ostentar una absoluta impasibilidad.

Ella le precedió hasta la sala, donde Braun se instaló en uno de los sillones, tendiendo las piernas, hundidas las manos en los bolsillos de su guerrera y ladeado en la cabeza el gorro militar.

Paseándose nerviosamente ante él, murmuró Irma Kleinz:

—No creí que me emocionase tanto el volver a verte, Gunter. Casi tres años ya. En este intervalo has perdido la galantería más elemental.

—Si lo dices por mi cubrecoco, te recordaré una de las frases de tu último discurso, cuando te nombraron Patrona Ejemplar. Dijiste exactamente: «No somos mujeres aspirando a blandas galanterías, sino soldados, y bla, bla, bla...» ¿Qué tal, compadre Irma? ¿Te tratan bien en el cuartel? ¿Las sopas son gachas o meten estopa y arenilla?

Cesó ella en sus cortos paseos, y, cruzando los brazos, se detuvo ante el hombre sentado, que trataba de mirarla burlonamente.

—¿Tanto me odias, Gunter?

—Al verte de cerca, menos. O más.

—No te comprendo.

—Cuando me fui a recorrer otras tierras, eras una muchacha romántica, alegre y sensible. El último año de nuestra relación, cada domingo, que era tu día libre, íbamos a pastar hierba por los prados. El resto de la semana, eras interna en la academia de Jóvenes Celadoras. Yo conservaba en mis pupilas tu dulce imagen. Y ahora, ¿qué queda de aquella jovencita romántica? No te pareces en nada a tu retrato de entonces.

—Kan pasado tres años. Tampoco eres tú el muchacho simpático y agradable de entonces.

—Toma del frasco, Carrasco. Bien, no me habrás citado para intercambiar piropos, Patrona.

Era el título dado a las que ejercían el cargo de jefe de guardianas en los campos de concentración.

—Quiero exponerte el motivo por el cual te he citado, apenas supe que disfrutabas de un permiso. En esta residencia nos alojamos, durante nuestros viajes a Berlín, los que pertenecemos al personal del campo de Vikstad. ¿Lo sabías?

—Ahora sí que lo sé.

Sacó Braun una pitillera y eligió un cigarrillo. Ella adelantó la diestra, cogiendo otro.

—No te ofrecí, porque como antes no fumabas. Ahora, a lo mejor hasta fumas en pipa, soldado Kleinz. Me haces el efecto de estar nerviosa.

—Lo estoy.

—Increíble... Yo siempre he seguido casi al día tu biografía, a través de compañeros que venían de permiso o gente de la capital que te conoce bien. Hay quién apuesta que, si se pudieran abrir tus venas, encontrarían un líquido rojo, pero muy helado, con nada de vainilla y mucho de veneno.

Tras encender en el mechero que le presentaba Braun, ella se sentó en el sillón, a corta distancia del ocupado por su ex novio. Sonrió ácidamente:

—Ya me imaginaba que harías todo lo posible para zaherirme, pero no te esfuerces. Lo pasado ya pasó. Y en mi presente, me ocurre algo ridículo, que no lo puedo remediar. He recibido bastantes anónimos, pero nunca les di la menor importancia. Lee éste.

Avanzando el busto, tendió la mano con una tarjeta. Blanca por el reverso y solamente con algo impreso en una esquina del anverso.

Lo único impreso era una especie de tronco aserrado, a modo de yunque, y en la redonda superficie había un hacha hincada por una

punta del semiarco afilado.

Unas líneas escritas en letras redondilla, muy esmerada, decían:

«Tu cabeza rodará pronto, Irma Kleinz.

Ya no es un lindo adorno.»

Lo releyó Braun en voz alta, paladeando cada palabra. Ella se guardó nuevamente la tarjeta en el bolsillo de su blusa.

Braun la contempló, interrogante. Y ella, al esperar en vano un comentario, dijo:

—He recibido otras amenazas, y nunca hice caso. Pero esta vez ignoro la razón por la cual tengo... estoy inquieta.

—No te enmiendes. Ibas a decir que tienes miedo, Irma, tienes pánico. Dilo francamente y sin reparos. Estamos entre soldados, caramba. El miedo casi te feminiza.

—¿Qué harías tú, en un caso semejante?

—No me dejaría trincar la cabeza. ¿Cuándo recibiste esta notita?

—Estaba en mi maletín de viaje, y la encontré viniendo en el tren. Cualquiera pudo deslizar esta cartulina. Si realmente te interesaste en mi biografía, como dices puedes saber quiénes son mis enemigos.

—Una lista larga, y difícil de colocar por orden alfabético.

—¿Por qué?

—Suscitaste rencores, por tu orgullosa actitud. Quienes fueron tus amigas o amigos, ya no lo son. Habrá muchas personas ansiando llevarte una corona al cementerio. Y hay una novedad, que hace más larga la lista. Puedo revelártela, porque ambos somos plenamente adictos al Gran Reich. Has de saber, aunque quizá no lo ignores, que últimamente se han infiltrado en Berlín algunos agentes enemigos.

—Un agente enemigo no enviaría una tarjeta así. Esta truculencia es muy nuestra.

—No nos calumniemos. Si oyeras los mensajes de la emisión Francia libre a la otra Francia, te hincharías de oír truculencias. Entonces, tú ves en el hacha y el yunque de ejecución la impronta germánica. En tu cuartel, allá en Vikstad, tengo entendido que se han efectuado ejecuciones. Con el hacha.

—Sí.

—Es posible que algún familiar del decapitado se enojase, considerándolo un abuso de confianza.

—No.

—Tu aplomo afirmativo tendrá una base.

—Agentes y familiares no emplearían este medio. Me matarían sin

pretender asustarme antes. Yo sospecho de cuatro personas. Las conoces. La primera es Elsa Stiebel.

—Tu gran amiga. Casi tu lugarteniente. Ya recuerdo. La acusaste de frivolidad, durante el ejercicio de su cargo. Fue depuesta, degradada, y casi la pringa, a no ser por alguna amistad influyente. Era muy bonita y se defenderá, dando tumbos por ahí, entre oficialidad ansiosa de aventurillas rápidas. Pero no creo que ella, que era muy remilgada y dengosa, tenga tanto estómago como para ensuciarse con tu sangre, Irma.

Fulguraron, rabiosos, los grises ojos. Sonrieron los pardos.

Y Braun canturreó, imitando a los voceadores de las casetas de feria:

—Hizo diana, caballero. Se ganó un puro y una petaca.

—Siempre fuiste burlón. Ahora eres un desagradable imbécil. ¿Te divierte la idea de que me maten?

—Ni fu ni fa. Te he matado ya tantas veces en mis sueños, despierto, que por mí ya estás putrefacta. ¿Segunda persona sospechosa?

—Emil Luctow.

—¿Tu ex marido? Un prusiano con muy mala baba, pero tú obtuviste la separación, y el comandante Luctow debió respirar, al verse libre de la que, de ser su discípula, pasó a ser su diabla maestra. Si no te mató entonces, ¿por qué lo iba a hacer hoy?

—Por arreglos jurídicos que no te importan, la fortuna de Emil Luctow pasó a ser mía.

En caso de mi muerte, legalmente, heredaría él.

—Lo que ya era suyo, y que tú le rapiñaste. Es posible que intente recuperar sus bienes por la vía legal de la herencia. ¿Tercera persona en tu lista íntima y seleccionada?

—Gustav von Firschbach.

—¿No? —y rió Braun, casi divertido.

Los anchos ojos grises de Irma destellaron, furiosos.

—Te diviertes mucho conmigo, Gunter.

—Es preferible que sea así. Me causó hilaridad pensar, siquiera, que el atildado, apuesto y distinguidísimo

Von Firschbach, pudiese mancillar su aristocrática diestra, no ya con un hacha, sino con cualquier otro instrumento plebeyo. No desvaríes, Irma. Gustav es incapaz de matar un mosquito. Era un lechuguino amenergado.

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Hará unos tres años y pico.

—Hoy es el cerebro director de un gabinete diplomático interior. Dispone de muchos auxiliares.

—Entonces, puede encargarle a otro que maneje el hacha. ¿Y cómo

te las arreglaste para inspirarle odio al diplomático merengue?

—Dos personas, que él quiso proteger, murieron en Vikstad.

—Ya... Digamos que se trata de una superficial cuestión de honrilla. El soberbio, poderoso e influyente Von Firschbach, derrotado por la plebeya guardiana Irma Kleinz. Ciertamente que la soberbia ha provocado muchos quebraderos de cabeza. ¿Y quién es tu cuarto sospechoso?

—Tú.

Gunter Braun apagó la colilla en la suela. La guardó en el bolsillo y apuntó con el índice a Irma.

—Toda acusación, aun la que se le espeta a un maleante, debe respaldarse en pruebas o en algo concreto. Yo no soy un maleante. Puedo exigirte que te pongas en pie, que te cuadres y te chinces, en posición de firmes... —y rió Braun—, ¡Vamos, soldado Kleinz!

¡En pie y firmes como un poste!

Braun hizo oscilar entre dos dedos la Cruz de Hierro. Ella siguió sentada, mirándole fijamente.

—No seas infantil, Gunter.

—¿Infantil? Ciertamente lo soy, porque para que me dieran esta condecoración, tuve que volver a nacer. Te voy a meter un paquete, soldado Kleinz. Saliendo de aquí, daré parte por escrito, especificando que le faltaste al respeto debido a un caballero Cruz de Hierro.

Inquieta, empezó ella a incorporarse. Rió bruscamente Braun:

—Siéntate, soldado Kleinz. Y dime en qué fundas tu acusación.

—Lo sabes sobradamente.

—Me temo que tu calidad de Patrona eficiente, degeneró en complejo de superioridad, que obscurece tu sentido común. Un psiquiatra le daría un nombre a tu dolencia actual. Manía persecutoria. Según tú, te quieren decapitar cuatro personas. Tu ex amiga íntima, tu ex marido, un diplomático fofo, y rematas la lista conmigo. No olvides lo que declaró el Führer: «Un soldado alemán nunca comete ni cometerá un acto delictivo». No lo olvides.

—Ni tú olvidaste, Gunter —y suavizó ella sus facciones y su mirada. En su sonrisa alentó nuevamente la dulzura de antaño.

Gunter Braun tuvo que hacer un esfuerzo para dominar su íntima desazón. Sonriendo así, Irma volvía a ser la atractiva y femenina novia, pese a los tres años transcurridos, que la habían convertido en Patrona Ejemplar.

—Quisiste casarte conmigo, Gunter.

—Un arrechucho. Por suerte, se quedó en conato de intento.

—Al principio de nuestra separación, me escribías muy amorosamente, hasta que supiste que me había casado con el comandante Luctow.

—Entrando en tu terreno, y dando por supuesto que mi destrozado

corazón clamase por tu sangre, te hubiese degollado entonces... Cuando supe que renunciaste a mi blanca mano para apoderarte de la del saco de dinero con dos patas que era el comandante

Luctow. Yo no te mandarí esta tarjetita, Irma. He perdido mucho de mi buen humor, pero si planease hacerte rodajas, no empezaría por tu garganta, sino dando cortecitos en tus tobillos, en tus rodillas, y así seguidamente, en lenta ascensión. A la usanza cosaca.

—En una de tus cartas, que conservo, hay un párrafo que siempre recordé. Decías que yo era toda tu ilusión, y que si algún día te hiciese algún agravio irreparable, no me matarías obedeciendo al primer impulso, sino que me ejecutarías tras larga meditación, y haciéndome sufrir largas agonías...

—Eructos de soldado borracho y aburrido. Y ahora te hablo muy en serio. Por alta que te creas situada, no te puedes permitir el lujo de acusar a un soldado condecorado por el propio Führer. Por mucho menos, hay gente alojada en tus barracones de Vikstad.

—Yo no te acuso. Me limité a exponerte mi caso.

—Que pertenece a la policía.

—Dirían que el anónimo es obra de un bromista pesado. Posiblemente, de algún compañero de Vikstad, gente ruda y amante de las bromas fuertes. Eso es lo que diría la policía.

—Y también te dirían que ellos suelen actuar después, no antes. Para trabajar a modo, necesitan el cuerpo del delito. Tu tronco sin cabeza.

—Te refocilas conmigo. En lugar de aquietar mis temores, los exacerbas.

—¿Y por qué voy a aquietarte? Hay miles de soldados inquietos, y nadie les da ni tila. Tu tarjeta, no creo que sea obra de un bromista. Hoy en día reina mucho desarreglo mental, Irma. Muchachos que fueron a la Universidad conmigo, y se atragantaban emocionados viendo dramones, están hartos ahora de apretar gatillos y amontonar cadáveres. Se han endurecido tanto, que ya no distinguen entre un muerto y un compañero haciendo la siesta. Muchachas de veinte años, que antes cantaban tonadillas donde pasión rimaba con corazón, hoy visten como marimachos.

Los pardos ojos de Braun se posaron en las botas, y fueron ascendiendo hasta la chaqueta de cuero. Volvió ella a sonreír.

—Si te hubiese recibido vestida de otro modo, te demostraría algo que te mortifica, Gunter. Sigues deseándome. Digas lo que digas, sentiste por mí una gran pasión. Yo era la única en tu vida, me escribías. Yo era tu obsesión, tu tormento. Ausente yo, te faltaba mi aroma de mujer, como le falta el aire al que se asfixia. No digas que son chiquilladas. Eran sinceridades.

—Lo eran. Y supe luego que leías estos párrafos a Elsa Stiebel, que se

tronchaba de risa. Puedo despreciarte con gran intensidad, Irma, pero ya no me inspiras el menor, deseo. Ni siquiera el de cortarte el cuello. Es tanto el desprecio acumulado que si en vea de esta ropa de soldado guardián, vistieses un tentador modelo de noche, me reiría, Irma. Me reiría porque ya no puedes ser mujer. Cualquier gesto femenino sería en ti, carcajeante, desopilante y penosísimo. Te sentaría como un par de guantes a ira pato.

Los pómulos femeninos se sonrojaron. Braun, levantándose, añadió:

—Tras esta apasionada declaración, se impone una retirada estratégica. Y hazme el pajolero favor de olvidarte que existo. Si he de volver a verte, que sea cuando se cumpla lo de la tarjetita. Sólo quiero verte cuando me juren que tu cabeza dista, por lo menos, un palmo de tu garganta.

Yendo hacia la puerta, se volvió Braun:

—Hasta la vista, Irma.

—Bestia —murmuró ella, con estridencia en la voz.

—¿Quién?

—Dijiste “hasta la vista», y antes me declaraste que solamente querías volver a verme muerta,

—No eres inmortal. Alguna noche no tendrá amanecer para tí.

—Puede que seas tú el que no vea amanecer.

—Riesgo que corre todo ser humano, al meterse en la cama. Vivir no es otra cosa que aplazar al máximo posible el guadañazo.

Y Braun se pasó el índice por la garganta, trazando un círculo casi completo.

En la calle, fue caminando, crispadas las facciones, devolviendo maquinalmente los saludos a su Cruz de Hierro.

Era su primer día de estancia en Berlín, y echaba ya de menos la compañía del soldado Klement.

Capítulo IV

EL «Mercedes Benz», conducido por un chófer uniformado de gris, penetró lentamente en la alameda circundando la extensa plazoleta del Bergenspark.

Gunter Braun contemplaba el estanque central, donde antaño navegaban toda clase de embarcaciones, impulsadas por manos infantiles. Hoy, resultaba casi opresiva la soledad de aquel lugar.

Volvió la espalda a las grises aguas y a los parterres mustios, y de nuevo, al dirigirse hacia la alameda, tuvo la impresión de que, momentos antes, ya había visto aquel coche lujoso, en cuyas portezuelas brillaba la plata del escudo con tres barras rojas y una cimera amarilla.

El coche acababa de detenerse. El chófer ostentaba una impasibilidad profesional. De la ventanilla lateral posterior surgió una mano femenina, enguantada en malla verde.

La mano hacía una señal inequívoca. Era una invitación hacia él, que miró a un lado y otro, hasta convencerse de que no podía existir confusión.

Se aproximó Braun y, por la ventanilla abierta, escrutó el rostro femenino, desconocido, para él. Un semblante de blanquísima tez, donde resaltaba el intenso carmín de los delgados labios y el negror de los ojos, levemente oblicuos.

Aquellos ojos, extrañamente asiáticos, alentaban ironía. La voz de la desconocida era burlona, en sus matices afectadamente amables:

—Un soldado solo y aburrido es un espectáculo conmovedor. Sube y nos haremos compañía, Gunter Braun.

La mano enguantada de malla verde, empujó la portezuela, abriéndola. La mujer, de denso cabello negro, corto y liso, se retiró hacia la esquina del amplio asiento confortable tapizado de raso sonrosado.

La mano repitió la oscilación invitante.

Braun, entrando, cerró la portezuela y se instaló, ladeado, tratando de identificar a la que le había interpelado por sus nombres. El chófer quedaba aislado por el cristal separatorio.

Por el acústico, ella ordenó:

—Al Cormorán.

El coche arrancó suavemente, y Braun cerró los ojos.

—¿Sueñas despierto o sientes cansancio? —indagó ella.

—Evoco, te destiño y te lavo la cara con agua limpia. Tu cabello fue rubio y largo, Elsa. No empleabas entonces albayalde o cal para estucarte la cara y, además, vestías como una muchacha normal.

Elsa Stiebel, acentuada su esbeltez por un adherente tejido verde, calzaba sandalias doradas, haciendo juego con el ancho cinto y el bolso. Los desnudos hombros tenían una blancura casi enfermiza.

—¿Acaso te hago el efecto de una anormal?

—Puede que sea yo el que no esté al corriente del estilo actual. Así, a primera vista, produces la impresión de una lagarta de los verdes prados.

—¿Y qué impresión, así a primera vista, te produjo Irma?

Hablaban sin mirarse rectamente, viéndose por el reflejo del cristal frente a ellos. Los labios femeninos ostentaban una constante mueca, mezcla de inquietud y burla.

Guardó silencio Braun, y agregó ella:

—Supe que ibas a visitar a Irma y esperé a que salieses, pero no prestaste la menor atención a mis señales. Caminabas como un alucinado.

—Un soldado en vacaciones se encuentra algo alucinado, en su primer día de contacto con la inmensa capital del Gran Reich. Casi celebro tu aspecto, tan distinto de la que conocí. Es menor el impacto emocional.

—Cierto que eras emotivo, cuando te fuiste. Luego te habrás endurecido, como todos... Estás mucho más guapo, Gunter. Tus facciones se han tallado en ángulos enjutos, y hay trágica indiferencia en tu expresión.

—Lamento defraudarte si pensaste que, viéndote, te saltaría al cuello para estrangularte, como alguna vez se me ocurrió pensar.

El coche frenó y se detuvo. Un portero galardonado abrió la portezuela, y descendió Elsa Stiebel, pisando la alfombra que, bajo un toldo en arco, conducía al pórtico en cuyo frontispicio parpadeaba el letrero luminoso; Cormorán.

Braun cogió por un codo a Elsa Stiebel, deteniéndola.

—Este elegantísimo local está reservado para la alta oficialidad y demás personajes de categoría social.

—Yo tengo acceso al club privado.

Señaló ella la puerta, a unos metros de la gran cristalera giratoria de acceso público. Otro portero abrió ceremoniosamente la entrada al «club privado», al aproximarse Elsa

Stiebel. Ella avanzó por la sala que parecía una recepción de hotel provinciano, en contraste con el lujo abigarrado del resto del Cormorán. La sala estaba totalmente desierta.

Ella recogió la llave del casillero y, con su caminar ondulante, siguió

precediendo a Braun por un largo corredor, a cada lado del cual había puertas numeradas.

En la puerta 16 introdujo ella su llave, y pulsó Un conmutador.

El saloncito, de paredes tapizadas, contenía un sofá, dos sillones, una mesita y un acústico, junto a un recuadro en panel de madera de cerezo. Por el acústico pidió ella:

—Champaña «Heideseck».

Descorrió el panel y apareció un espacio hueco, oscuro. Gunter Braun miró el relojito incrustado en una esquina. Marcaba las seis y doce. Por el hueco ascendió un ‘pequeño montacargas. Recogió ella la bandeja, en la que había dos altas copas y el cubito donde refrescaba la botella de dorado capuchón.

Con el codo, cerró ella el panel y, yendo a dejar la bandeja sobre la mesita, comentó:

—Habrás experimentado tantas sorpresas en estos últimos tres años, que una más no te asombrará.

Braun la miró, mientras ella se sentaba en una esquina del sofá. Procedió a descorchar.

—Sin más rodeos, Elsa. Empieza ya tu comadreo.

—¿Te habló Irma de mí?

—Te ha colocado en lugar preferente, en una lista de seres ansiando abreviarle la existencia.

Rió ella, mirando al trasluz el dorado espumoso en la copa de alto tallo. Una risa carente de sinceridad, rebosando amargura:

—Irma y yo fuimos amigas desde la infancia. El día en que cesamos de ser amigas, está ya lejano, absorbido en el torbellino de diarios acontecimientos.

Brindó ella mudamente. Bebieron, y Braun volvió a llenar las copas. Sentándose en un sillón, dijo:

—Los malos encuentros con buenos tragos se hacen más soportables, Elsa. En este club que llamas privado, cada envase de estas burbujas debe costar la paga de un soldado.

—Yo tengo crédito. Formo, como si dijéramos, parte del club. ¿Puedo ser rabiosamente sincera contigo? —Duro y a ello.

—¿Corresponderás?

—Con toda mi alma.

—Dame una prueba. ¿Cómo me calificas, Gunter? ¿De frívola, de malvada o simplemente de mujer desconcertada, sin orientación ni meta?

—Cuando correteabas por los prados del Lilenthal, mientras yo paseaba con tu gran amiga de la infancia, me parecías una muchacha peligrosa, por lo indefinible. Estabas todavía en etapa de larva, en estado intermedio, oscilando entre romántica solapada y analizadora del

ambiente. Dabas la sensación de titubear entre elegir un novio corriente o convertirte en aprendiz de explotadora de hombres ricos e influyentes. Veo que te decidiste por esta última profesión. Por lo demás, sería yo muy presuntuoso si pretendiera calificarte.

Tendiéndose a medias en el sofá, reclinó ella la cabeza en el brazal:

—Voy a ayudarte, Gunter. De joven celadora como Irma, pasé a ser guardiana en Vikstad, admirando como siempre a Irma, hasta que me sorprendió tratando de consolar a una joven presa. Irma lo denunció como un acto de frivolidad en el servicio. Fui acusada de confraternizar con enemigos, y salvé la vida gracias a Gustav von Firschbach, que movió sus influencias. Todo porque me compadecí de una pobre prisionera.

Alargó ella el brazo y cogió la copa, incorporándose para beber. Vacío Braun su copa y, volviendo a llenar las dos, afirmó:

—Tu relato casi me ha hecho saltar los lagrimes.

Pero en tu rabiosa sinceridad, omitiste un detallito. Los padres de la joven prisionera te habían entregado todos sus ahorros para que procurases hacerle más soportable la estancia a la alojada en tu campo.

—Estás bien informado. Y ahora dime, Gunter, ¿me tienes mucho rencor?

—Te tuve, retuve y... ya lo sé contener. Comprendí pronto que tú, fingiendo una gran admiración por Irma, ejercías en ella una influencia especial. Le enseñaste a ser muy práctica, instándola a abandonar toda clase de romanticismo, "viniste a decirle, taimadamente, que entre un soldado raso por esposo y un comandante podrido de riqueza, la elección no ofrecía duda. ¿El amor? Baladas para pollinos, escribiendo rebuznos amorosos desde cráteres de obuses y hoyos de avanzadilla. Minaste el romanticismo en Irma, con el arma del ridículo, que es la más destructora. Riéndote, cuando ella te leía mis frases poéticas. Fuiste una gran profesora para Irma. Y deberías estarle agradecida a ella. Te acusó solamente de frivolidad, silenciando lo del dinero que percibiste. Y como punto final, te garantizo que, si no te retorcí el cuello al reconocerte, estamos los dos salvados.

—Por nuestra salvación —brindó ella, vaciando la copa. Braun miró el reloj y dijo:

—Tengo una cita a las siete.

—No irás.

—O tienes una gran fe en tu poder atractivo o me confundes con un soldado famélico de moza de placer.

—Digo que no irás, porque a la cena en casa de tu hermano, acudirá Irma. Sí, son muy amigas Irma y la esposa de tu hermano. Y yo tengo un servicio particular de información. En realidad, muchas de las invitaciones que acepto aquí, proceden indirectamente de Gustav von Firschbach. El coche en que te recogí es suyo.

—Ya que estás tan bien informada, podrás decirme qué pretende mi desconocida cuñada, al querer imponerme a Irma, además de su cena con cumplidos y etiqueta.

—Apenas tu hermano comunicó que acudirías a cenar, Olga invitó a Irma, posiblemente con la intención de actuar como intermediaria, en busca de una reconciliación entre Irma y tú.

—¿Qué te hace suponer que no iré?

—Intuición femenina. Entraste a visitar a Irma a las cinco. Estuviste largo tiempo con ella, y llegué a creer que no saldrías a solas, lo cual habría significado la reconciliación. Tú no perdonaste y saliste solo. ¿Quieres abrir mi bolso? Encontrarás un sobre grande, con filos dorados. Este mismo. Puedes examinar su contenido. Está abierto.

Braun extrajo del sobre una cartulina. Miró el hacha y el yunque impresos en una esquina, y leyó en voz alta, con lentitud:

—«Tu cabeza rodará pronto, Elsa Stiebel. Nunca fue un lindo adorno».

Echó el sobre y la tarjeta al regazo del vestido verde. Los negros ojos femeninos le acechaban entre las entornadas pestañas. Sonrió él:

—Valiente falta de galantería. Eres fea, pero interesantísima, caramba. Ella se levantó en felino desespero y aproximándose al acústico, ordenó:

—Dos más.

Esperó junto al montacargas, y poco después, procedía a descorchar una de las dos botellas. Vertió en las dos copas, y tendiendo una, comentó:

—Tengo ansiedad por comportarme como una necia inexperta, Gunter. Desearía poder embriagarme y susurrarte que me perdones, poder pedirte perdón de rodillas, si te hice mucho daño a través de Irma... Pero he ido adquiriendo tal práctica en beber para hacer hablar a los demás, que no logro el valor necesario para humillarme ante ti.

—Bien hablado. Además, pedir perdón cuando se le pisa a alguien un pie es lógico. Los pies los tengo intactos, Elsa.

—La tarjeta con mi sentencia, no suscitó en ti ni emoción ni comentario aclaratorio.

—Porque el hacha está destinada a emocionarte a ti, no a mí. Y te hago una advertencia: el champaña me gusta mucho, pero me produce un raro efecto.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Me siento agresivo verbalmente y enternecido por dentro.

—Fantástico —rió ella, semitendiéndose de nuevo en el sofá; alargando el brazo, presentó su copa—: Espíritu alado, por favor, caballero Braun.

Escanció él en las dos copas. Bebieron.

—El copeteo y complementos aquí dentro, debe costar un riñón y parte del otro.

—Las cuentas de lo que aquí se consume, incluida yo, las liquida Von Firschbach, 'que viene a ser como mi jefe. Él me dice: «Elsa, procura que el agregado japonés hable de los envíos de madera sueca a Tokio», y yo lo procuro. Por cierto, que le enseñé la tarjeta del hacha a Von Firschbach, y me preguntó a qué hora llegó a mí poder. ¿A qué hora llegaste a Berlín, caballero Braun?

—Mi estimada sirena, dos puntos y aparte. Te comunico que, al parecer, hay una epidemia maniática. Esta tarjeta del hacha obra también en poder de Irma. Todo esto es infantil, desquiciado y morboso.

—¿Verdad que sí? Muy a tono con el ambiente —y cruzó ella en alto las dos piernas—. Dime que soy hechicera.

—¿En el sentido de hada o de bruja? Todavía no estamos embriagados, sino simplemente al acecho mutuo. Has creído que vine a sangrarte, y tratas de emplear tu experiencia en el copeteo encandilante con diplomáticos nipones.

—Tu voz es grave y varonil. Tus ojos son taladrantes y despreciativos. Pronto serán las siete, y hay un teléfono en el hueco del montacarga, por si quieres comprobar la presencia de Irma en casa de tu hermano.

—Déjate ya de intentar sondearme. Estás viva y, pasado el primer instante peligroso, por mí, como si te hubiesen decapitado. Tanto me da que vivas semanas, meses, años u horas.

Cruzando los brazos sobre el almohadón, se retorció ella para tenderse boca abajo. Rió él:

—Tienes porvenir en el circo, como contorsionista.

—Me gustaría creer que eres sincero, y si te descarto como posible verdugo, ¿quién diantres me mandó este mensaje agorero? ¿Von Firschbach?

—Es tu jefe, sirena.

—Pero ya sé demasiadas cosas, que podrían comprometerle. Voy a decir algo que te pondrá furioso. Circuló un rumor entre nuestros conocidos. Decían que denegabas los permisos vía Berlín, disfrutándolos en otras ciudades, para no correr el riesgo de verte de nuevo ante Irma. Tu hermano te quiere mucho.

—Stefan no emplearía tarjetitas así.

—Tu madre...

La diestra de Braun se proyectó hacia delante, asiendo la nuca femenina. Apretó y ella permaneció quieta, dilatados los ojos por el temor. Retirando la diestra, murmuró él:

—Hay imprudencias que pueden causar la muerte del artista. Eres un

águila, una lagarta y una contorsionista. Deja en paz a mi gente, y habla de otra cosa, si quieres que prosigamos en afectuosa charla venenosa.

Háblame de Irma, por ejemplo. Puedo oír lo que sea de ella, ya que como no significo nada en su actual existencia...

—Error, error... —y apuró ella la copa, normalizando así su respiración entrecortada—. Irma sigue queriéndote. Fuiste su primer amor, y ninguna mujer puede olvidar del todo a su primer novio. Emil Luctow fue solamente su marido. Irma se sentiría muy ofendida si supiera que estoy aquí contigo.

—No sería por amor, sino por amor propio. Hay luces de miedo en tus ojos turbios...

—Lo mortal es la espera. ¿Será cierto que alguien quiere decapitarme? Esta pregunta me atosiga,

—La misma pregunta se hace el soldado esperando, arrimado a un tanque, a que suene el toque de ataque. ¿Me decapitará la metralla?, se pregunta. Pasan las noches, y llega un tiempo en que espera como anestesiado. Anestésiate, Elsa. Es el mejor sistema para evitar que se erice el vello de tu nuca, pensando en el filo del hacha.

—La tarjeta la recibí este mediodía. Echaron el sobre por debajo de la puerta, y lo recogió mi compañera de apartamento. Yo dormía, porque soy noctámbula.

—A partir de esta noche, serás sonámbula.

—Fantástico — simuló ella reír.

Y levantándose, con escorzo agilísimo, quedó sentada en las rodillas de Braun. Apoyó un codo en la hombrera de la sahariana militar, y sus labios rozaron el oído masculino:

—El odio es un sentimiento, soldado Braun. Lo terrible y peor para una mujer es la indiferencia. Odíame mucho... Me creas o no, estoy comprendiendo lo que podían sentir aquellos gladiadores romanos, que proclamaban en la arena del coso: *«Ave, César, morituri te salutan»*. Tú sabes latín.

—No tanto como tú, pero la traducción es sencilla: «Las aves de César murieron por falta de salud». Y no andas muy boyante de vitaminas, hija. Tu peso es ingrátido. Brinca al teléfono, ¿quieres? Pídele, de parte mía, a tu gran amiga de antaño, que acuda a la llamada.

Elsa Stiebel fue al panel, y atrajo el extensor metálico que engarzaba el aparato. Pidió un número y, brillantes los ojos, miró al que, en pie a su lado, pasó el índice por el desnudo hombro, lamió y dijo:

—Huele a eremita. ¿Lavandas maceradas en arsénico?

—Leche de nardos.

En el auricular, una voz decía:

—...Stefan Braun al habla.

—...Por favor. Solicito a Irma Kleinz. Urgente.

Rodeó ella con la mano la horquilla, y guiñó un párpado:

—¿Qué le digo a tu enamorada?

Mantenía ella el auricular apartado de su oreja. Oyó Braun la voz pastosa de Irma preguntando:

—...¿Quién?

—...Soy Elsa... Desde el Cormorán, sala reservada de mi propiedad. Un soldado en vacaciones, que llegó hoy a Berlín, está conmigo y...

Braun arrancó el aparato de la diestra de Elsa, y lo ahorquilló, empujando el extensor. Cerró el panel.

—Bien. Comprobada la presencia del enemigo, me abstengo con gran placer de ir a cenar.

Ella rodeó con sus brazos el cuello masculino, murmurando:

—Hubieses podido hacer sufrir un poco a Irma. Se lo merece, ¿no crees?

—Si te vuelves de espaldas, voy a darte una sorpresa.

Ella quitó los brazos y giró sobre sus tacones. Mostraba el amplio escote posterior en forma de V.

—Esta debe ser el alma con la cual vamos a ganar la guerra, según el secreto que recorre todos los frentes. —Y Gunter Braun se dirigió a la puerta.

Elsa Stiebel miraba de soslayo. Preguntó:

—¿Cuál es la sorpresa?

—Que huyo, que me bato en retirada. En la Ruterstrasse hay mocitas de placer que son violetas para el soldado en vacaciones. Tú eres una flor sofisticada para uso de agregados extranjeros. Adiós.

Demostró ella nuevamente su prodigiosa agilidad, al quedar interponiéndose entre la puerta y el que abría el pestillo. Susurró:

—Preferiría que me insultases o que me abofeteases.

—Ni siquiera quiero darte este pequeño placer. Sigue tu rodada. Yo me voy a la Ruterstrasse. Allá, la que elija como compañera nocturna, no me inspirará repulsión antes, sino después.

Ella se apartó, crispadas las facciones, trémulos los labios. Y al quedar a solas, Elsa Stiebel trató de sonreír encogiendo los hombros.

Pero, cuando estaba en el interior del «Mercedes Benz», seguía sintiendo una fiebre íntima, de mujer profundamente herida en su orgullo.

El coche propiedad de Gustav von Firschbach la dejó ante su domicilio. Al entrar ella en el ascensor vio avanzar una mano, que se apoyó con fuerza en el centro de su rostro, mientras otra mano la atraía con fuerza por el cuello.

Se debatió muy poco, y su física debilidad se convirtió en rápido desvanecimiento.

Elsa Stiebel recobraba el sentido como una enferma que despierta de una modorra artificial. Sentía frialdad contra su mejilla apoyada en algo liso y duro. Parpadeando, vio un recinto cuadrado, sin muebles, tapizado enteramente de negro.

Había una sola luz en el centro. Una bombilla rojiza, que parecía destilar sangre. Intentó levantarse, pero no podía. Estaba arrodillada, atadas las manos a la espalda.

Tenía la cintura y el busto adheridos en firme presión al cilíndrico apoyo en que ladeaba el rostro.

Y, súbitamente, Elsa Stiebel grito, en agudo chillido inarticulado.

Acababa de ver la silueta que hasta entonces no se había destacado, porque vestida enteramente de negro y encapuchada, se confundía con el enlutado recubrimiento de las paredes.

Y la había visto, porque las manos enfundadas en negro tejido, habían dado un giro al largo mango de lo que hasta entonces reposaba en el suelo, tras las piernas.

Un hacha de doble semiluna.

Siguió ella gritando, en forcejeo para librarse. Un forcejeo frenético e inútil, porque la ancha franja de cuero la mantenía presa de busto y cintura contra el yunque.

La silueta vestida de negro se aproximó parsimoniosamente, balanceando ante sí, como un péndulo, el instrumento de decapitación.

Se colocó a un lado del yunque, y apoyó un pico de la semiluna afilada en el borde del tronco aserrado.

Alzó el hacha con deliberada lentitud.

Los gritos de terror fueron ascendiendo en estridores demenciales. Y de pronto, quedaron segados.

La cabeza rodó por la negra alfombra, trazando un surco rojizo. Los negros ojos, dilatados, parpadeaban, en último estertor.

Capítulo V

LA Ruterstrasse, diez años antes, había sido una cloaca que vertía las fangosas aguas del barrio al oeste de Berlín, en el río Spree. Un drenaje la convirtió en anchurosa calle subterránea, y a cada lado fueron socavándose grutas que, a modo de cuevas, ostentaban pinturas pueriles, muy del gusto de los marineros fluviales.

Las pequeñas tabernas fueron ampliándose en salas de baile, donde la cerveza era la principal consumición, y los acordeones, la música preferida.

Al extremo más occidental, la Ruterstrasse desembocaba en expiadas de solares sin edificar, lindando con la ribera del Spree. Poco a poco, el bombardeo enemigo transformó los lisos solares en lomas, al irse acumulando en ellos los derribos que a diario descargaban las brigadas de desescombros de la capital.

En la larga calle abovedada reinaba un calor húmedo, que brotaba de las cuencas abiertas de los ruidosos locales. La atmósfera estaba impregnada de olor a coles agrias, cerveza áspera y perfume barato.

No había aceras ni tránsito rodado. Marineros, soldados y mujeres, deambulaban interpeándose y desapareciendo con frecuencia, emparejados hacia toscos mostradores, tras los cuales, en angosto espacio, los que bailaban atendían más a conservar el equilibrio que a seguir el compás de la quejumbrosa musiquilla del acordeonista.

Gunter Braun comió chucrut, bebiendo cerveza negra y espumosa, y en el tercer local comprobó que las mujeres que se aproximaban daban media vuelta al ver la Cruz de Hierro colgando de su cuello. Una especie de nativa disciplina les impulsaba a no confundir a un caballero condecorado con un vulgar guerrero en licencia.

Optó Braun por quitarse la cinta y guardarla en su bolsillo.

Apurando la cuarta jarra de cerveza, se sentía flotante, firme aún la cabeza, pero con una visibilidad nebulosa que difuminaba los contornos y hacía casi agradable el espectáculo de aquella ruidosa y primitiva muchedumbre.

Quando se disponía a abandonar el mostrador para acudir al sitio en que las parejas se mecían al compás del acordeón, resonó un imperioso silbato en el exterior.

—Shapos —masculló un marinero, enlazado a una robusta matrona

—. Ni siquiera aquí le dejan a uno en paz.

Varios individuos, vestidos de camisa y bombachos caqui, esgrimiendo porras de caucho y fibras, irrumpieron en el local. En las gorras de copa redonda y corta visera, llevaban la insignia tétrica de la policía especial.

Gunter Braun contempló a la, que acababa de pararse a su lado, enlazándose prietamente a su brazo, y que decía nerviosamente:

—Estoy contigo, soldado.

Lo primero que sedujo a Braun fueron los ojos de la desconocida: claros y tímidos, como unas pupilas de gacela, pensó. Después detalló el dulce óvalo facial, sin maquillaje, los labios de dibujo infantil, gordezuelos, y los blancos dientes.

—Hola, hola —saludó, afectuoso—. Me llamo Gunter, ¿y tú?

—Milena. Estamos juntos, soldado...

—Vaya que sí. Has aparecido como una ondina del río, con tu talle flexible, tu gracia fluida y tu frágil encanto. Y tus ojos tienen claridad de agua de manantial...

Las conversaciones habían cesado, y el acordeón trunció sus arpeggios, emitiendo una nota final lastimera. Los shapos se distribuían con rápida precisión, y en unos instantes habían ocupado lugares estratégicos, como soldados tomando una posición.

Sin necesidad de hablar, un individuo vestido de paisano, fumaba con aire aburrido, pero sus ojos escrutaban, móviles, yendo de un lado a otro.

Gunter Braun seguía maravillándose, en su exploración visual de la llamada Milena. Una blusa descolorida, que había sido azul, moldeaba un busto bien torneado. La falda, de un tejido oscuro, mostraba zurcidos y remiendos. Las esbeltas piernas, desnudas, resultaban más gráciles por contraste con las sandalias de gruesa suela de corcho.

Un shapo se detuvo a un lado de Braun. Este tendió una jarra de cerveza a su acompañante:

—Bebe, Milena, que quiero ver aparecer el sol en tus mejillas.

Ella bebió ansiosamente, casi oculta la carita tras la ancha jarra. Braunladeó el rostro, y agitó los dedos en saludo amistoso:

—Hola, compadre. ¿A qué o a quién esperas?

—Tu permiso.

—Lo tienes. Te lo doy sin remilgos, para que sigas circulando.

—No te pongas tonto, soldado. Quiero ver tu licencia. ¡Vamos! Braun dio un cuarto de vuelta, y apoyó ambos codos en la barra.

—No busquemos camorra, porque estoy en vacaciones. Y cuando pensaba que ya no oiría órdenes, vienes tú aberrear... ¡Quieta la matraca o te la tragas!

Desde el umbral, la voz del individuo de paisano se elevó autoritaria:

—¡Weiss! Siga la ronda.

El policía Weiss, que balanceaba su matraca en vaivén amenazador, retrocedió con aspecto de dogo al que le quitan un hueso.

El individuo de paisano avanzó indolentemente. Su cigarrillo colgaba pegado al labio inferior y, llegando junto a Braun, dijo casi amablemente:

—Posiblemente, hará tiempo que usted falta de la capital.

—Acertó.

La muchacha de los cabellos castaños y los ojos entre pardos y dorados, volvió a enlazar con fuerza el brazo izquierdo de Braun, como si quisiera adherirse a su costado y disimularse lo más posible.

—Soy *el* inspector Dietold. La próxima vez que un policía a mis órdenes le pida su hoja de permiso, hágale caso, por favor.

—Hombre... Si sus subordinados tuvieran su finura, les enseñaba yo todo lo que poseo, salvando la natural decencia y pudor, como es lógico.

El inspector Dietold hablaba en tono superficial:

—La señorita que le acompaña, ¿la encontró aquí en este local?

—¡Qué va...! Es mi novia.

Percibió Braun el temblor de las manos femeninas en torno-a su codo.

—Mal sitio para una señorita —comentó Dietold.

—Cierto que sí... Pero, en mi compañía, ella está como la mujer del César... Las aves del César te saludan, con mucha salud —y rió Braun.

Los shapos iban saliendo. El inspector Dietold solicitó:

—¿Me permite su hoja de permiso?

—Cómo no... —y Braun hurgó en su bolsillo. Quedó fuera la cinta rayada, y extrajo la Cruz de Hierro, sin darse cuenta.

Dietold enarcó las cejas, y adelantó la diestra en ademán de interrupción:

—Me basta, señor. Buenas noches.

Se alejó, mientras Braun volvía a introducir su cinta y su cruz en el bolsillo, murmurando, extrañado:

—Este policía debe estar de uvas.

El acordeón reanudó su cantinela, y las parejas volvieron a su balanceo en el sitio. Milena dejó de apretar el brazo masculino, y murmuró en voz baja:

—Muchas gracias, Gunter.

—Yo a ti, Milena, por tu presencia. Tienes carita de ángel. ¿Lo eres? Sonrió con timidez. Y Braun seguía mirándola, perplejo.

—Estoy algo «curda», Milena, pero mis ojos no pueden engañarme. ¿Qué haces tú por aquí? Ya oíste lo que dijo el técnico Dietold. No es lugar apropiado para una señorita. Tú no eres una mocita de placer y

mala fama, ¿verdad que no lo eres?

—No —y la negativa rebosaba sinceridad.

—Me lo suponía, y ésta es mi desgracia. ¿Te acompaño a casita? Así, por el camino, me explicarás qué demonios viniste a hacer aquí. ¿Te extraviaste? Agárrate de mi brazo.

Ella le asió de nuevo, cruzando sus manos en torno al codo. Al salir a la transitada calle subterránea, añadió Braun:

—¿Venías de asesinar a alguien? No me hagas caso... Pero me «trincaste» por el brazo, como si los shapos te dieran miedo.

—Es que me dan miedo —susurró ella, tratando de detenerle.

Gunter Braun acortó el paso, y ella señaló hacia el lado opuesto. Hacia la cuesta que conducía a los solares convertidos en lomas de escombros.

—Vivo por allí, Gunter.

—Pues vamos allá. Me encanta tu nombre. Es bonito como toda tú. Dime qué hacías en esta calleja pecadora. ¿Qué buscabas?

—Comida...

—¿Cómo dijiste? —y Braun contempló el fino perfil—. Ah, ya... El problema prosaico pero avasallador. ¿Se acabaron tus tickets?

—A veces, a cambio de lavar ropa, me dan una olla de chucrut...

—Yo tengo irnos cupones especiales, que dan derecho a cenar opíparamente, como diría Klem.

—Yo... preferiría llevarme chucrut y salchichas.

—Los ángeles tienen derecho a caprichos, y en tu boca las dos palabras tan vulgares se convierten en rimas.

Braun, deteniéndose entre dos umbrales, repicó en el mostrador de la caseta de madera:

—Una copiosa y opípara ración de salchichas y coles de las tiernas.

—¿Dos tickets? —preguntó la vendedora.

Braun examinó de soslayo la carita ansiosa de su acompañante, cuyos ojos parecían devorar el contenido de las cacerolas.

—Por favor, de cinco cupones especiales, señora. Rió la vendedora, mientras recogía los cinco tickets:

—Comida para dos días, soldado. ¿Traen recipiente?

—Voy a buscarlo —dijo Milena.

Y corrió hacia la pendiente de salida, donde un muchacho de unos once años, flaco y ojoso, tendió una olla voluminosa. Milena dijo algo en voz baja, y el muchacho desapareció pendiente arriba.

Al regresar, Milena presentó la olla, cogiéndola por el alambre doble que unía las dos asas y, mirando tímidamente a Braun, explicó:

—Era mi hermano. Siempre espera... a que yo vuelva. Le dije que ya iba bien acompañada.

La olla iba llenándose de coles maceradas y rojas salchichas. La iba a recoger Braun, pero ella se anticipó:

—Yo la llevaré, si no te sabe mal.

—Toda tuya.

Un cartón a modo de tapadera, menguó el apetitoso aroma. Ella caminaba a pasitos presurosos y, cuando llegaron al aire libre, la noche derramaba su fulgor lunar sobre los montículos blanquecinos y grises. Más allá, el río emitía su eterna canción, chapoteando entre gabarras ancladas y mohosas por el largo desuso.

Súbitamente, al dirigirse ella hacia un pasadizo entre dos lomas de cascotes, se detuvo.

A su lado, inquirió Braun:

—¿Qué te ocurre, Milena?

—El policía llamado Weiss está con otro, allí.

—Bueno, allá él y el otro. ¿Tienes que pasar por ahí?

Mantenía ella la olla contra el busto, como preparándose a defender una valiosa posesión. Y bordearon en sus pestañas silenciosas lágrimas.

—Mi hermano se llama Moise... Los dos policías le han cogido... Ya todo me da igual ahora. Gracias de todos modos, Gunter.

Dejó ella la olla en el suelo y, al incorporarse, musitó:

—No debí engañarle, pero... no tenía otro remedio.

Y dando media vuelta, se encaminó hacia la penumbra, donde ya los ojos de Braun divisaban a los dos shapos. Uno de ellos asía por un brazo al muchacho, que empezó a debatirse.

La matraca cayó sobre su cabeza y Moise Goldberg resbaló hasta el suelo.

Weiss avanzó hacia la judía que se precipitaba, gimiente. Weiss alzó su matraca, aferrando con la otra mano, por un hombro, a la muchacha.

Y el soldado Braun se abalanzó impulsivamente. Su diestra golpeó de canto en la carótida del policía, mientras su zurda cerrada se aplastaba sobre la frente. Completó la rápida acción, arrancando de la diestra del policía la porra de caucho y fibras de acero.

El otro policía, sorprendido, se llevaba el silbato a los labios. Braun le asestó un matracazo en la muñeca, a cambio de recibir uno en el hombro, al ladearse.

El agudo dolor le enfureció, y fue golpeando con saña, en reiterados reveses y redobles de vaivén.

Milena Goldberg, arrodillada, colocó en su regazo las espaldas de su hermano, manteniéndole la cabeza entre sus manos. Murmuraba palabras en un idioma desconocido: el «yidish» sonaba musicalmente, con acariciante ternura.

Gunter Braun propinó un fuerte matracazo en la cabeza de Weiss, que se removía, tratando de incorporarse. Tiró la porra al suelo, y fue a

recoger la olla, que vino a poner al lado de Milena, diciendo secamente:

—Coge la pitanza. Yo me cuido del chaval.

Ella le contemplaba, arrodillada, con expresión incrédula, boquiabierta. Y susurró:

—Soy judía... Ellos eran policías...

—No soy ciego ni sordo, muchacha.

Inclinándose, Braun alzó entre sus brazos al desvanecido, y agregó:

—No está muerto, ni mucho menos. Solamente un chichón. ¿Me oíste? Coge la olla. Tomó ella el alambre, y siguió mirando, asombrada, a los policías heridos.

—Vamos, camina hacia tu escondite. No te hagas más preguntas. Tan pronto estés en tu madriguera, con tu hermano y la pitanza, adiós, y si te vi, no me acuerdo. Anda, señálame el camino.

Milena caminó, presurosa, entre lomas artificiales hasta llegar a una hondonada cercana a la ribera fangosa. Y en voz baja, sin mirar al soldado que entre sus brazos llevaba a Moise, dijo:

—Aquel brocal de pozo... Mi hermano y yo... El pozo está seco... La voz femenina se quebró en apagado sollozo muy hondo.

Braun se aproximó al poyete del pozo, cubierto por tablas carcomidas. Entre sus brazos, el muchacho movía la cabeza en lastimera báscula sobre el cuello descarnado, de prominente nuez.

—¿Bajáis por aquí? —preguntó, extrañado.

Ella denegó con la cabeza. Su mano señalaba un montón de escombros, y maderos podridos.

—Debajo de aquellas maderas hay un hoyo... que conduce al fondo del pozo.

—Es una vida de topos la vuestra —y Braun colocó en pie al muchacho, Moise Goldberg se tambaleó, apoyándose en el pecho de Braun, que se envaró con mueca de repugnancia, como si algo viscoso o repugnante le estuviera rozando.

Ella, dejando en el suelo la olla, acudió a sostener a su hermano.

—¿Qué edad tienes tú? —quiso saber Braun.

—Dieciocho años y él tiene doce. Vuelvo a darle las gracias, de todo corazón. Dios le bendiga, señor.

—¡Qué señor ni qué ocho cuartos! Me revienta sobremanera que seas judía, pero no soy tan bestia como para culparte de haber nacido así... Anda, levanta las maderas, y tú, muchacho, ven acá si no puedes caminar.

Moise Goldberg abrió las flacas piernas y, con gran esfuerzo, se mantuvo en pie. Sus negros ojos relucían febrilmente, como los de un perro herido, pensó Braun, dispuesto a morder, a atacar a un enemigo muy superior...

—Moise —silabeó Milena—, dale las gracias al señor soldado que ha

sido bueno con nosotros.

El muchacho, cuya lividez era impresionante en su tonalidad cenizosa, crispaba los labios. Ella insistió:

—El señor compró nuestra comida y nos...

—Ya basta —atajó Braun—. Tu hermano es orgulloso, y hace bien. Largaos pronto, antes de que vengan más shapos.

Moise se inclinó hacia delante, y ella le rodeó con sus brazos, angustiada. Gunter Braun rezongó:

—Llévalo a vuestro escondite, y no te inquietes por la pitanza. No me la voy a zampar. Andando.

Poco después, los dos hermanos apartaban los maderos y desaparecían bajo ellos como si la tierra se los tragase. Las dos manos femeninas tendidas en alto, abiertas, parecían implorar.

Entre ellas, colocó Braun el alambre de la olla y masculló:

—Suerte y adiós.

—Adiós, y que en tu camino halles la bondad que nos has dado, Gunter.

Desaparecieron las dos manos de frágiles dedos. Los dos maderos volvieron a taponar la brecha. El montón volvió a ser uno más en aquella explanada de restos y escombros, con fulgencias de paisaje lunar.

Gunter Braun se alejó por la ribera, pensativo. Se había disipado el buen humor que el alcohol había destilado por sus venas complementando la primera impresión agradable de la muchacha.

Una extraña duda se filtraba en su ánimo: ¿Cómo podían ser enemigos del poderoso Reich aquella muchacha asustada y su hermano?

Absorto en sus pensamientos, no vio a los dos hombres que le seguían cautelosamente y que, surgiendo de pronto, se proyectaron con directa precisión, matraca en alto.

El primer golpe alcanzó a Braun encima de la oreja y el segundo, casi simultáneo, chocó al otro lado de su rostro, cruzándole la mandíbula. Se tambaleó, encogiéndose, adelantando las manos, a ciegas, porque el doble impacto había nublado su vista.

A cada lado, la matraca volvió a surcar el aire, abatiéndose en sus costillas y en su sien.

Uno de los shapos era Weiss, que mal repuesto aún de la reciente agresión, golpeaba ahora con sádica furia.

Cayó Braun de rodillas, y en su nuca restalló un porrazo que le hizo chocar de boca contra el suelo.

Cuando los golpes, menudeando sobre su cabeza y espalda, le iban sumiendo en hondas tinieblas, oyó un ruido muy conocido. Un disparo muy cercano.

No supo ya discernir si era el eco del primer disparo o si eran varios

los que estallaban, provocando gemidos y estertores.
Perdió totalmente el sentido.

Capítulo VI

EMIL Luctow, comandante de Infantería, agregado a Intendencia, en la capital, desde su invalidez, ostentaba un color violáceo en las mejillas y en la nariz, surcadas por venillas de congestión.

Siempre había sido un bebedor, pero desde la amputación de su pierna derecha y la merma de sus facultades, a causa de la onda explosiva de una mina, su estado permanente era el de la embriaguez.

Apoyándose en el bastón-muleta, para ayudar el mecanismo de su pierna ortopédica, entró en el suntuoso despacho particular de Gustav von Firschbach.

El director del gabinete especial de Información Extranjera tenía el aspecto del clásico diplomático. Joven aún, impecable y sobrio en el vestir, siempre daba la impresión de recién afeitado.

Sus ojos azules poseían, a instantes, acerados reflejos.

—Excúseme la hora, comandante, pero se trata de un asunto de la máxima importancia, y ello me impulsó a rogarle acudiera.

El reloj sobre la mesa señalaba las diez y cuarto de la noche.

Junto a la carpeta de piel había una caja cuadrada, semejante a las metálicas de galletas.

Emil Luctow se dirigió al mueble-bar, y solamente entonces fingió ver a la mujer que, enfundada en un drapeado de rojo terciopelo, se contemplaba en un espejo.

Irma Kleinz, desnudos los hombros de sonrosada blancura y palpitante el pronunciado escote, pensaba que seguía siendo muy femenina pese a los hirientes comentarios de Gunter Braun.

Arrancándose a su propia contemplación, miró con irónica frialdad a su ex esposo, que con leve inclinación de cabeza, dijo secamente:

—Beso tu mano. ¿A qué se debe que me haya impuesto usted la presencia de Irma?

—Hace escasamente media hora sucedió un hecho que me obligó a convocarles. Un hecho relacionado con esto.

Y Von Firschbach colocó sobre la carpeta una cartulina en cuyo borde superior estaba impresa un hacha y un yunque. Leyó en voz alta:

—Tu cabeza rodará, Von Firschbach. Tu seso tortuoso ha de reposar. Emil Luctow rió guturalmente, antes de comentar:

—Mi ex esposa ya me participó, por escrito, que una misiva similar

le auguraba una mutilación irreparable. Personalmente, la lectura de un mensaje bastante parecido, anunciándome la próxima extirpación de mi cabeza, sin más comentarios, me ha parecido una grotesca amenaza propia de un carácter desquiciado.

Gustav von Firschbach, de fácil sonrisa, plasmaba, desde un principio, una sincera gravedad en su semblante. Dijo:

—Irma está intrigada por conocer el contenido de esta caja que fue remitida a mi despacho por el procedimiento normal. Depositada por un soldado, a las nueve y media de esta noche. La caja estaba cerrada con una cinta adhesiva. En la recepción de estas oficinas existe un adecuado servicio que detecta la posible ocultación de explosivos en los paquetes remitidos. No había explosivos. Es mi costumbre dar siempre una vuelta por mi despacho, después de cenar.

Una cartulina cosida sobre la tapa de la caja tenía escrito a máquina: Entregar urgentemente a Von Firschbach.

—He preferido que, por el momento, este asunto no trascienda oficialmente, y éste es el motivo por el cual les he citado. Ya me pasó la muy molesta impresión que me produjo este envío. No es preciso que la abras, Irma... Yo puedo decirte el contenido y anticiparte que...

Pero ya Irma Kleinz alzaba la tapa.

Permaneció muy quieta, como petrificada. Emil Luctow, aproximándose, miró y torció la boca en mueca indefinible, entre rictus y asco.

En el fondo de la caja, la capa de algodón hacía resaltar los negros cabellos femeninos de la cabeza cortada, cuyos ojos no se habían cerrado.

Desmesuradamente abiertos, los párpados rígidos encuadraban una mirada vidriosa, de intenso terror.

El comandante Luctow se dirigió, pesadamente, al mueble-bar Irma Kleinz volvió la espalda a la caja, cuya tapa ajustó Von Firschbach, diciendo:

—Cuatro tarjetas nos enlazan con un nexo común, vengativo. Y debemos formularnos una pregunta sencilla. ¿Quién puede desear nuestra conjunta muerte?

Emil Luctow vació la copa de coñac. Volvió a reír con guturalidad áspera, chirriante. Su bastón señaló a Irma:

—Buscad la mujer, dicen los franceses.

—No tengo el menor motivo para haber deseado la muerte de Elsa. Tú, Gustav, eres el más capacitado para resolver el asunto. ¿Cuál es el punto común que nos enlaza? —y no pudo evitar mirar hacia la caja cerrada.

—Los cuatro... aquí presentes... participamos directa o indirectamente en suscitar en Gunter Braun sentimientos de rencor.

Vamos a hablar sin rodeos. ¿De acuerdo, comandante?

—Por mi parte, no hay duda que prefiero hablar claramente. Comprendo perfectamente que la premisa de arranque es lógica. Gunter Braun odia a Irma. Conformes. Ella le desilusionó, al casarse conmigo... mejor dicho, con mi fortuna. Pero Braun no tiene qué odiarme a mí, que bastante castigo tuve con hacer de esa ñera mi dulce cónyuge.

—Tu fino humorismo me recuerda un elefante saltando a la comba, Emil —afirmó ella—, Pero no te hagas el mártir. Gunter sabe perfectamente que fuiste mi maestro en lo que llamabas la cínica amabilidad del egoísmo disimulado. Y sabía que Elsa fue mi consejera, cuando yo titubeaba en decidirme a aceptar tu oferta de compra. Porque tú me compraste en matrimonio, Emil.

Gustav von Firbach adelantó las manos en gesto apaciguador:

—Con el divorcio, pusieron fin a sus discusiones. Ha quedado, pues, dilucidado que Gunter Braun tiene motivos de odio...

—Posiblemente —admitió Luctow—. Pero a usted, ¿por qué iba a mezclarle en su supuesto afán de venganza?

—Braun no ignora que en la época en que usted empezó a cortejar a Irma, ella me consultaba frecuentemente, llamándome Su experto asesor. Braun pudo creer que mi consejo influyó en la decisión de Irma. Es casi seguro que en la soledad de sus noches de centinela, llegase a convencerse de que, tanto Elsa, como usted y como yo, fuimos los autores responsables de la transformación operada en su novia. Y por consiguiente decidió...

Luctow aplicó un seco bastonazo en una esquina de la mesa.

—¡No sea juez, parte y árbitro! Todo lo que expone son teorías basadas en sentimentalismos trasnochados. Braun es un soldado heroico, un hombre cabal, que si hubiera decidido eliminarnos, lo habría hecho de frente, atacando con agresividad, no mediante tarjetas que llevan la marca femenina.

—¿Femenina? —repitió Irma. Y señaló la caja—. La primera cabeza es femenina, Emil. Y tú siempre afirmaste que Elsa fue la culpable de que yo te dejase...

—No nos extraviemos, por favor —atajó Von Firbach en tono cortante—. Hoy llegó Braun a Berlín. Hoy recibimos las cuatro tarjetas. Elsa Stiebel estuvo con Braun en el reservado del Cormorán. Y que las tarjetas no eran amenazas grotescas, queda demostrado... He deseado advertirles que tomen las medidas pertinentes para su seguridad personal.

—¿Qué medidas ha tomado usted como jefe de la policía especial? —preguntó Luctow.

—Transmitir la orden general de que el soldado Braun sea discretamente vigilado. Esta misma noche debía asistir a una cena en

casa de su hermano y no se presentó. No tengo noticias de su paradero desde el mismo instante que abandonó el Cormorán, hasta el momento actual.

Emil Luctow se dirigió a la puerta y abriéndola, dijo a modo de despedida:

—Bajo ningún pretexto consentiré que vuelva usted a importunarme con sus lucubraciones estúpidas, Von Firschbach. Buenas noches.

El director del gabinete diplomático policial encogió los hombros. Irma Kleinz comentó:

—Emil nunca fue muy brillante como cerebro y sus modales han empeorado mucho.

¿Crees de veras que... ha sido Gunter? —Y volvió a mirar la caja.

—Cuanto más lo pienso, más me confirmo en esta opinión. Solamente él puede tener motivos para vengarse de nosotros cuatro. No puedo hacerle detener sin motivo suficiente. Pero creo que bastará con hacerle vigilar.

—Si ignoras dónde está...

—No tardaré en saberlo. Prescindamos de cualquier rescoldo que pueda quedarnos por pequeñas divergencias, Irma. Si me ayudas...

—¿Cómo?

—Cuando sepa el paradero de Braun, te rogaré lo cites.

—No acudirá.

—Acudirá, si le suplicas que te perdone, si demuestras una humildad, algo semejante a arrepentimiento... En fin, eres mujer.

Sonrió ella, sin alegría:

—Sí, soy mujer y quiero demostrárselo a él. Haré todo lo posible para que acuda a mi cita. Pero, ¿qué conseguirás con ello, Gustav?

—Ya te lo diré, llegado el momento. Si quieres, puedo poner a tu disposición una escolta particular.

—No, gracias. No te molestes en acompañarme. Buenas noches.

Apenas hubo salido Irma Kleinz, Von Firschbach conectó la centralita de enlace con sus diversas patrullas.

Los comunicados repetían lo mismo: seguía siendo desconocido el paradero del soldado Gunter Braun.

* * *

Gunter Braun, durante largos intervalos, tenía la sensación de hallarse sobre una balsa zarandeada por un mar agitado que creaba simas profundas, donde se hundía en descenso sin fin.

Cuando ya su vertiginosa caída resultaba insoportable, una repentina ingravidez le impulsaba hacia lo alto, en vuelo interminable. Y un

semblante aniñado, de ojos inocentes, flotaba en una nube, mirándole con ansiedad. Pero lo que más le desconcertaba era que, de vez en cuando, una agradable melodía sonaba cerca de sus oídos. Alternaban las canciones populares con mezcla de fragmentos de vales.

Lo incomprensible era que aquellas musiquillas habían sido compuestas por Hans Klement, que las interpretaba con su armónica, magistralmente. Pero Klement estaba lejos, en lo alto de un pinacho, en idílica campiña solitaria.

Llegó el momento en que el soldado Braun regresó a la vida. Abrió primeramente un ojo, y le pareció estar sumido en una gruta, donde un humo blanquecino iba disolviéndose en espirales.

Después vio una pared rocosa con un hueco donde brillaba la llamita de una vela de sebo. Arriba, muy arriba, un semicírculo tachonado de estrellas.

Palpando, comprobó que estaba tendido sobre unos sacos que crujían en su relleno de panochas y hojarasca.

Se llevó la mano a la cabeza y tocó una especie de casco blando. Un vendaje.

No podía incorporarse, porque notaba una intensa flojedad en sus miembros. Una silueta frágil, de gracioso andar, se alejó, desapareciendo por una abertura a modo de pasadizo.

Y poco después se amplificaban los acordes de una armónica.

Los crispados labios de Gunter Braun se entreabrieron en sonrisa placentera, mientras mentalmente canturreaba la letrilla inventada por Hans Klement:

Desde tiempos de Adán, seas noble o patán, siempre la manzana comerás y con gusto te relamerás...

La corpulenta figura del rubio Hans Klement se le antojó a Braun un milagro prodigioso. Pero era real y no producto de su imaginación.

El fornido compañero de los últimos años azarosos, vino a sentarse junto a los sacos, emitiendo su risa peculiar que semejava un relincho.

—Soldado Braun, me chincha decirle que supo atravesar ráfagas de chupinazos y vino luego a tumbarse bajo las porras de dos energúmenos, que en paz descansan.

—Klem —y la diestra de Braun asió la anchurosa mano del campesino—, estoy abombado, como si me hubiese topado con un pepinazo. ¿O me pasó por encima un blindado?

—Dos shapos te cayeron encima a porrazo limpio, dispuestos a convertirte en fosfatina.

El índice de Braun apuntó a lo alto, al semicírculo de cielo nocturno.

—¿Son estrellas de verdad o me las producen los efectos de la paliza?

—Es el cielo por respiradero y estás en un pozo con dos salidas.

—¿Cómo es que... estás conmigo Klem?

—Apenas te largaste, empecé a sentirme muy solo y me dije: «Hans, vamos a visitar Berlín, a ver si sigue en el mismo sitio». Di vueltas y vine a parar a la Ruterstrasse en busca de una vaquita opípara. Encontré una oronda morenaza y estaba a punto de camelarla, cuando te avisté en compañía de una jovencita. Por discreción me mantuve distanciado. Te divisé caminando como un pensador y de pronto vi a dos animales largándote estopa a base de bien.

—Ya recuerdo... Oí los disparos. Debo haber dormido bastante. Relinchó Klement y boqueó en su armónica:

Una marmota y un lirón tuvieron un nene dormilón...

Gunter Braun removió los músculos. En ciertos puntos percibía agujetas.

—Faltó el canto de un cabello para que te baldasen. Suerte que tienes el coco duro, ya que las porras iban por tus blanduras: nuca y sien. No hubiese podido llegar a tiempo para evitarte el estropicio peor. Naturalmente, me los habría cargado a los dos, pero a ti ya te habrían hecho papilla.

—Dijiste que estábamos en un pozo. ¿Qué pozo?

—El domicilio de los hermanitos Goldberg.

—La judía, Es judía, ¿sabes?

Klement rió jovialmente, dándose un papirotazo en la nariz.

—Yo lo que sé es que la ovejita se convirtió en leona. Había salido para recoger un arma con la cual defenderse en el futuro y fue a buscarla donde creía encontrar a los dos shapos que tú habías vapuleado. Solamente halló a uno, y le cogió el revólver. Siguió al otro, un tal Weiss, que así se llamaba cuando estaba vivo. Weiss te pisaba el rastro como un piel roja, acompañado por uno de su cofradía. Cuando los dos te saltaron encima a traición, la cordera comprendió que te iban a destrozar a palos y, agarrando entre sus dos manos la culata, apretó el gatillo... Te salvaste de morir asquerosamente: a palos.

—Yo oí los disparos... Entonces, ¿fue ella...?

—Cuando me vio llegar, la corderita que ya había vaciado el revólver, en vez de echar a correr ante un soldado ario puro, se arrodilló, trincándote la cabeza y cantándote una nana: *Ay, mi Dios, dale vida a mi Guntercito y no me importa a raí que ms devore este gordinflón rubiales*. Yo me enternecí como un requesón y le dije que lo urgente era llevarte a un sitio tranquilo para proceder a repararte las averías. Te trajimos aquí y entre ella y yo, te cuidamos como dos monjitas, y ella se alegró mucho cuando supo que su Guntercito vivía...

Braun logró por fin quedarse sentado contra la roca, Hans Klement

presentó una cantimplora:

—Mosto del Rin, soldado. Empátese el gaznate y límpiase las tragaderas.

Aplicaba el gollete entre los labios del que inclinó hacia atrás la cabeza. El suave calorcillo del vino le invadió.

—La chiquita estaba muy aturullada contigo —afirmo Klement—. Sao de que, sabiéndola judía, no te importase para arrear candela a los polizontes y además dejarla que se llevase las salchichas y chucrut, le pareció a ella el colmo de la generosidad humana. Le dije que nosotros, después de varios años de trifulca, no le damos mucha importancia al lugar de nacimiento.

—Nunca hablamos los dos del problema judío, Klem. Me agradarla conocer tu opinión.

—Yo, como soy muy bruto, no califico por razas, sino por perrerías. Hubo un tipo en mi aldea que me hizo la gran marranada y era ario puro. Le zumbé a modo. Meditemos en la gran estupidez general... Fuimos amigos de los Ivanoski, porque solamente les hacían perrerías a los otros, pero cuando nos recibieron a tiro limpio, ya no eran amigos, decían los mandones. No, no... Entonces, cuando lo de Stalingrado, eran gente muy mala y teníamos que acabar con ellos. O sea que según me traten, así trato. Resumiendo: si un judío me explota, le zumbo. Si un ario me pega una zancadilla, le arreo. Y si una linda corderita llora por mis huesos doloridos y mata por salvarme, no le miro la raza, sino el alma. Y el alma de Milena es de muchos quilates bonísimos, soldado Braun.

—Estaré flojo o lo que sea... Casi me has convencido, Klem. Oye, hemos estado separados apenas unas horas y me hacías mucha falta, porque eres sano, sin complicaciones. Verte me resucita y nos separamos esta mañana solamente.

—Anteayer —rió Klement jubiloso—, cuando Milena, tras liquidar a tus verdugones, te cantaba la nana, rondaban las diez de la noche. Pero las diez de la noche de ayer. Has dormido, agotado, toda una jornada. No hincaste el pico, porque tienes huesos a prueba de dum-dum.

Sonrió Braun, cerrando los ojos y murmuró:

—Cuéntame un chiste de los gordos, Klem. Me sentará estupendo.

—En mi aldea había dos mozos muy brutos: Rudolf y Henrich. A Rudolf se le murió el padre y se quedó huérfano. Le pidió a Henrich que le acompañase en el velatorio. Y estaban los dos solos, junto al muerto, hora tras hora, hasta que Rudolf dijo que iba a comprar tabaco y añadió: «Mientras yo esté fuera, no hagas burradas, ¿eh?» Henrich, a solas, se aburría mucho y tenía frío. Empezó a saltar por encima del muerto, a uno y otro lado de la cama, para entrar en calor. Estaba brincando cuando entró Rudolf y, muy indignado, vociferó: «Pero, ¿qué falta de

respeto es ésta, cacho de animalote?», y, agarrando el cadáver por los tobillos, amenazó furioso: «Como vuelvas a faltarle al respeto al pobrecillo "fiambre", te juro que te arreo un tortazo».

Rió Klement alborozado y, levantándose, dijo:

—Voy a preparar la cena.

Se alejó por el pasadizo y le oyó Braun llamar:

—¡Corderita! Vete a tomarle el pulso al soldado Braun.

Milena Goldberg apareció, aproximándose, titubeante la expresión.

Braun experimentó un raro sentimiento de bienestar y la íntima convicción de que aquella adolescente poseía toda la inocencia de una mente sencilla.

—Me agrada verte de nuevo, Milena. Me ha contado Klem que gracias a ti... estoy aquí hablándote. Siéntate a mi lado.

Ella, sin mirarle, obedeció.

—Dime qué te parece mi amigo.

—Es un hombre bueno y mi hermano le ha cogido afecto, porque... enseguida nos sentimos como si fuéramos amigos de siempre. Moise se ríe mucho con Klem, que le cuenta chistes graciosos.

—Caray... Espero que sean aptos. Y ahora, dime, ¿desde cuándo estáis escondidos aquí?

—Hace unos cinco meses. Antes vivíamos ocultos en las catacumbas de Polsburg, pero un día entraron unos policías y mataron a muchos... Moise y yo pudimos escapar, porque mi padre nos lo ordenó. Él se quedó cerrando el paso a un policía. Y... mi padre allí se quedó.

Crispaba ella las facciones como una niña que pugna por no estallar en sollozos. Añadió entrecortadamente:

—Creo que voy a llorar, Gunter.

El brazo derecho de Braun enlazó por los hombros a la judía. Ella hundió el rostro en el hombro masculino.

—Si te alivia llorar, dale duro, pequeña. Y piensa que ahora no debes sentirte tan triste porque ya tienes dos amigos: Klem y yo.

En el pasadizo resonaba el vozarrón de Klement:

—Los cabos cocineros para probar la sopa, si tienen las manos ocupadas meten el dedo gordo del pie, y se lo dan a chupar al más exigente. Este es un excelente sopajo, chaval. Nos vamos a hinchar.

Klement apareció trayendo un medio barril a modo de mesa. Encima había cuatro botes de conserva, y una olla humeante.

Colocó el medio barril junto a los sacos y, distribuyendo el caldo en los cuatro botes, anunció solemnemente:

—Sabroso ajo, bendito pan y rica cebolla. La gloria calentita.

Milena Goldberg, apartando el rostro del hombro de Braun, miró sonriente entre lágrimas al jovial hércules, a cuyo lado Moise parecía

querer adherirse.

Dijo Braun:

—Hola, chaval. Si fui antipático cuando los conocimos, ya mejorarán las relaciones.

Pasemos al ataque del rancho. Tengo hambre.

Las cucharas de madera fueron vaciando los botes.

—Como postre, melocotones 'en almíbar —expuso Klement—. Rapiñé latas en el almacén de un acaparador de la montaña. Tocamos a lata por barbilla. Y ahora os lleváis el bote y os vais a dormir, como la gente buena, porque desde anoche no habéis pegado ojo. Moise vigilando la entrada como un veterano y Milena haciendo de enfermera.

Milena Goldberg, levantándose, besó en una mejilla a Klement, que muy serio tendió la diestra a Moise. El muchacho sacudió con todas sus escasas fuerzas la mano del alemán.

Ambos hermanos desaparecieron por el pasadizo. Sentándose en los sacos, junto a Braun, comentó Klement:

—Esta tarde me di un paseo por la ciudad. Y se me ocurrió ir a visitar a frau Margret Braun, que me recibió muy cariñosa, porque en tus cartas le hablaste de mí. Me dio un recado, y lo tomas con calma, sin encabritarte.

Braun se acarició la cabeza vendada. Agregó su amigo:

—Frau Margret te ruega que camines por la ciudad con mucho cuidado. Hay sabuesos lanzados en tu búsqueda. No, no por la muerte de los dos shapos, sino porque un jerifalte llamado Von Firschbach se ha puesto todo nervioso y afirma que tu tardanza en dar fe de vida, se debe a que le cortaste el cuello a una señora, rebanándole la nuez.

La diestra de Braun se crispó en torno al antebrazo de Klement.

—La rebanada se llamaba Elsa Stiebel. Supongo que se trata de la amiguita tan íntima que envenenó el seso de tu novia... Bueno, si me meto en tus intimidades, te chinchas, pero creo que ya no caben tapujos.

—Tienes derecho a todo, Klem. Te agradezco que fueras a ver a mi madre para tranquilizarla por mi ausencia. O sea, que el lechuguino de Von Firschbach me acusa de haber decapitado a Elsa. Iré a leerle la cartilla.

—Nadie te lo prohíbe, pero yo, en tu pellejo, me olvidaría de toda esta caterva de tarados... Allá en el cerro nos aguarda la cabaña del leñador y tenemos campo abierto. Cultivamos un huerto, ordeñamos vacas y así en dulce paz esperaremos a que termine el follón.

—Hay algo que me atosiga. ¿Quién mató a Elsa? ¿Por qué quieren matar a Irma? No es que me importe demasiado, pero no pienso consentir que un imbécil engreído y emboscado me acuse de asesino. ¿Comprendes?

Se rascó Klement la sien.

—Te comprendo, pero yo no me complicaría la existencia. Yo...

Claro, yo soy yo, y tú eres tú. No falla.

Quitándote la sahariana y las botas, añadió Klement:

—Compartamos el blando lecho tranquilo.

Se tendió Braun, imitado por su amigo. Pasaron unos minutos y por fin dijo Klement, entre bostezos:

—Irma dejó una nota en casa de frau Margret. Braun gruñó:

—Eres un cazurro socarrón y taimado, Klem. ¿Qué escribe Irma?

—Apunta un número de teléfono. Que la llames a cualquier hora para verte. Te suplica que la perdones.

Braun emitió un soplando que pretendía ser carcajada.

—¿Que me suplica...? Igual como cuando te pisan un callo: «Usted perdone. Fue sin querer». Lo malo es que no creo que nada pueda borrar lo que ella me hizo. La quise mucho y quedó algo de fuego entre cenizas. ¿Irás tú a verla si estuvieras en mi pellejo?

—Si.

—¿Y si ella se pone suplicante? ¿Qué harías tú? Ayúdame, hombre.

—Luego no me des una coz... Ya que me pides ayuda, te diré lo que creo que te pasa. Hace años llevaste a pasear al claro de luna a una tierna cabrita, que con el tiempo se convirtió en potra resabiada. Frente a la mujer de ahora, falsa y traicionera, borra de tus ojos la tierna cabritilla y trátala a látigo y espuela. Si admite la doma dolorosa, olvidarás para siempre la imagen de la que fue y ya no es.

Tardó Braun un instante en asimilar y dijo por fin: —Tienes mucha sabiduría, Klem.

—Me viene de tratar desde niño con toda clase de ganado hembra. Tengo sueño, soldado. Ya tocaron retreta y silencio. Abur.

Poco después, Braun seguía pensando, mientras los ronquidos de Hans Klement repercutían sonoramente.

Capítulo VII

LA suite número 7 del hotel Regens, recibía el nombre de Esplendorosa, debido a la profusión de cortinajes y tapices de vivo color anaranjado, espejos de dorado marco y juegos de luces.

En la alcoba, el lecho tenía contornos de bajel vikingo, y en las dos salitas adjuntas, los tresillos mullidos invitaban al escarceo amoroso.

Irma Kleinz tensó las medias de fina gasa, sujetándolas al broche del portaligas. Alisando la falda sedosa ante el espejo de tres caras que triplicaba su figura, miró la esferita de su reloj de pulsera.

Pasaban ya cinco minutos de las once de la mañana.

Brillaba su largo cabello rubio, suelto, desparramado sobre los desnudos hombros.

Volvió a examinarse críticamente. La blusa de escote ovalado y la negra falda ceñida, le daban aspecto chabacano; pero, según las enseñanzas de Emil Luctow, aquel modo de vestir era muy del agrado de los ojos masculinos. Al igual que los negros zapatos de alto tacón, con tirilla tobillera y las medias gris oscuro.

Emil Luctow afirmaba que realzando así la magnificencia de su figura, Irma despertaba en el varón más indiferente un deseo indomable.

Un toque azul en los párpados y el leve carminado daba mayor generosidad al mórbido dibujo de los labios.

Ella, siempre tan segura de sí, sintió nerviosismo al oír la puerta de la antesala la llamada convenida: tres toques espaciados.

Descorrió el pestillo, sin abrir, y fue a sentarse, diciendo:

—Adelante,

Cruzó las piernas exageradamente, adoptando una postura indolente. Gunter Braun, entrando, cerró la puerta al reclinarsse contra la madera. Ladeó la cabeza vendada y pestañeó:

—Deslumbra el nácar y apabulla tu agresiva femineidad, Irma Kleinz.

Sonrió complacida. La mirada del visitante ya no expresaba desprecio ni rencor: fulgía.

—Este vendaje aumenta tu prestancia. Casi te hace romántico, Gunter.

—Lo que hay debajo es prosaico. Me pasma tu transformación. Hace

tres años eras un botón de rosa, sin madurar. Hace tres días eras una amazona walkirya... Ahora, harías rugir a un conejillo. Palabra que me ha entrado una sed rabiosa.

—Si quieres beber algo, puedes pedir...

Avanzó él hacia el sofá y al sentarse al lado de ella, dijo:

—Me turbaste el seso al sorprender mi vista así de sopetón... De perfil, el choque de tu prodigio carnal se aminora.

Ella, con tenue sonrisa, varió de postura, quedando menos de perfil.

—¿A qué se debe tu mudanza?

—Demostrarte que si bien el hábito no hace al monje, hay modos de vestir que dan pleno resalte a la mujer.

No me refería a tu apariencia culminante por los cuatro puntos cardinales, sino a este hotel, a esta salita perfumada, de luces tamizadas, y a la fragancia que exhalas de nenúfar, de flor carnosa.

—No quiero que nadie sepa dónde estoy... Salvo tú. Pese a todo lo que me dijiste, mi instinto no me engaña. Tú no mataste a Elsa.

—En tu nota no hablabas de instintos ni de matanzas.

Los pardos ojos recorrían el maravilloso cuerpo y sensual semblante.

—Puedes creerme o no, Gunter, pero muchas noches he llorado pensando en mi mala acción contigo. Si supiera que no te vas a burlar de mí...

Hizo ella una pausa. Braun arqueó las cejas interrogante.

—¿Te burlarás? —insistió ella.

—Me temo que no.

Ella levantándose, señaló con la mano la habitación contigua:

—Siempre llevo conmigo una carterita donde conservo hojas escritas, que nunca me atrevía a mandarte. Ahora, quiero leerte algunas líneas... Ven.

La siguió él como un autómatas. En su cerebro, aparte del latido de sus lesiones, una voz insidiosa, persuasiva, le hablaba:

«Aquí puede extinguirse el recuerdo obsesivo y doliente, Gunter Braun. Si ella se vistió como una hembra placentera, puedes quedar desencantado, liberado del maleficio del recuerdo de la candorosa muchachita.»

Ante la coqueta de la alcoba, Irma Kleinz abría una carterita de piel azul. Tras ella, Braun la contemplaba por el espejo, inclinada al ir ella buscando entre hojas de papel con escritura en tinta violeta.

—¿Crees que miento? —inquirió.

—Tú sola puedes saberlo.

Ella mostró una hoja y leyó con deliberada lentitud:

—«Siempre vive tu imagen en mi corazón, Gunter. Me he mancillado al ser sumisa discípula de mi marido, pero en sus caricias, eras tú el que

estaba conmigo, Gunter...»

Los labios resecos y febriles de Braun se posaron en el desnudo hombro. Ella siguió leyendo:

—«Emil dice que soy ya una mujer de sabia experiencia en las lides amorosas. Pronto obtendré el divorcio, y algún día, tú, Gunter, amado mío, hallarás tu desquite en mi sumisión, en el deleite de mis caricias...»

La voz en el cerebro susurró:

«Es falsa y traicionera. Ya no razones, Gunter. Sólo ves una mujer excitante, que te provoca. Pero si pudieras Ajarte, verías que esto que ella pretende haber escrito hace tiempo, tiene la tinta aún brillante. Está escrito recientemente.»

Irma Kleinz se había vuelto, y respiraba entrecortadamente, entreabiertos los labios.

Braun rodeó con su brazo el talle, que cedió a la presión, y besó con ansiedad, con fervor.

Ella sonrió triunfalmente. Al cabo de un tiempo se apartó de Gunter y se dirigió a una de las dos puertas, en tono henchido de insinuación:

—Volveré dentro de poco. Espérame.

A solas, Gunter Braun rió silenciosamente. Y en su cerebro dijo la voz:

«Se acabó el poetizar tristón, soldado. ¿Qué queda? Una mujer de tantas, un recuerdo de placer, que se esfumará.»

No podía oír las dos llamadas que, por el teléfono de la salita adjunta, realizaba Irma Kleinz. Una, al número del servicio de policía de la SS. Otra, a Von Firschbach.

Ahorquillando, se revistió el ligero abrigo, yendo a abrir la puerta que comunicaba con la salida posterior del hotel.

Por las escaleras, iba subiendo un capitán de la SS, seguido de dos fornidos agentes.

Señaló ella la alcoba, mientras bajaba las escaleras.

Gunter Braun, junto a la abierta ventana, contemplaba el panorama de la ciudad, erizada de defensas antiaéreas y de muros derruidos.

Se abrió la puerta, y se volvió, al oír la voz seca, reprobatoria:

—Apenas me avisó Irma, he querido venir en persona.

Stefan Braun, en su impecable uniforme, se mantenía rígido, ostentando su rostro una severidad impresionante.

—¿Te avisó Irma,...? ¿Es que acaso me buscabas?

—Von Firschbach hizo averiguaciones, y me transmitió un informe increíble. Informe que he confirmado telegráficamente. Tu batallón, el 147 de Sexta Panzer fue aniquilado hace cinco noches en las colinas Levret. No quedaron sino dieciocho supervivientes. Dieciséis de ellos cumplieron con su deber, presentándose en el puesto de mando de recuperación, para ser incorporados a otra unidad. No ha sido expedido

ningún permiso. Además de desertor, eres falsario.

Gunter Braun denegó con el índice:

—No acepto estos dos calificativos malsonantes. Deserta el que abandona una posición ante el enemigo, o chaquetea el ataque. El 147 luchó, atacando hasta el límite de lo imposible. Dieciséis supervivientes eligieron regresar al puesto de recuperación. Yo elegí tomarme el permiso que durante tres años acumulé.

—Razonamientos caprichosos e inútiles —rebató el capitán.

—¿Vienes como familiar o como funcionario?

—Lo uno no excluye lo otro. Explícame tu incomprensible actitud. Dame una razón plausible, aunque no puedas tenerla.

—Cansancio moral, señor capitán. Deseos de no seguir siendo testigo y combatiente, en una matanza inútil, en una carnicería a la que nos conducen alegremente, con órdenes arbitrarias, que solamente pueden proceder de mandos que han perdido el seso.

—¡Eres un desertor!

—Sin chincharme, Stefan. Me costó mucha vergüenza enterrar mis armas de soldado, pero como hombre acuso a todos los que, inclinados sobre un mapa, a cubierto en un bunker de Berlín, sacrifican por miles a seres humanos, en ataques demenciales y absurdos.

—¿Te atreves a enjuiciar al Alto Mando?

—Lo que siento es no poder colocar una bomba allá donde se reúnen. El 147 recibid la orden, dimanante de Berlín, de tomar por asalto unas colinas, donde cinco batallones veteranos se escalonaban atrincherados sólidamente, apoyados por artillería, tanques y aviación. En la primera oleada vi morir a muchos de mis compañeros.

—Una muerte gloriosa.

—No lo discuto. ¿Es mi culpa si la muerte gloriosa tuvo asco de mí? Yo estaba con ellos, y habría seguido hasta morir, amo ser porque un oficial moribundo dio la orden de retirada, por escrito. Sin su orden firmada, los pocos que seguíamos adelante, habríamos consentido en morir gloriosamente, como dices.

—Era tu deber...

—¡Mi deber lo cumplí hasta la hartura, hasta el máximo que se le puede exigir a un ser humano! Yo estaba con los dieciséis supervivientes y con mi compañero Klement. Yo, con rabia en el alma, también me dirigía al puesto de recuperación. Nos cruzó en el camino un enlace motorista, anunciando que nos iba a incorporar al 88, para atacar las mismas colinas.

Gunter Braun se golpeó en el pecho con el puño:

—Y entonces me entró mucha pena, Stefan. Aparté a Klement, y contemplé cómo los otros dieciséis infelices iban hacia el matadero. ¿Es cumplir con el deber ir hacia el suicidio? ¿Un soldado es un pelele? Esto

le pregunté a Klement. Ya hacía algún tiempo que, de soldados arrogantes y disciplinados, con mandos inteligentes, nos estábamos convirtiendo en títeres manejados por la banda de locos de Berlín.

—Prefiero creer que tienes psicosis de guerra...

—¡Tengo cuernos quemados, mi capitán! ¿Qué quieren los señores de la Cancillería?

¿Qué maten hasta el último de Infantería? Yo acataría la orden de defender nuestra patria en nuestro suelo y en líneas organizadas y bajo mandos sensatos. No acato la orden de morir inútilmente. Vi a un mariscal estrujar la orden que acababa de recibir de Berlín. Era un jabato. Se ajustó el monóculo, retransmitió la orden de atacar un bastión inexpugnable y, cuando no quedó uno solo de los que fueron a la matanza, el mariscal se pegó un tiro. Claro, la Prensa de Berlín diría que el mariscal murió heroicamente. ¡Murió horrorizado, y con el alma hecha pedazos!

—Tus alegatos me apenan. Un desertor que no acata...

—¡No acato la locura berlinesa! No pude tragar ni digerir mi última y definitiva acción de guerra. Ser uno de los 750 pipiolos del 147 que fuimos a tomar unas posiciones defendidas por 4.000 hombres, cinco baterías, dos compañías de tanques y tres escuadrillas que en vuelo rasante jugaban al pim-pam-pum con nosotros.

Stefan Braun señaló hacia la puerta por la que había entrado:

—Por allá están las escaleras que conducen a la salida privada del hotel. Tengo a dos de mis agentes esperando. En consideración a tu Cruz, he solicitado venir a detenerte en persona.

Gunter Braun se cruzó de brazos:

—¿Y cómo piensas ponerle el cascabel al gato rabioso?

—Tu desertión es una deshonra. Serás juzgado en sumarísimo.

—A mí no me juzgan ni me fusilan. Durante tres años, me harté de oír fusilería de todos los calibres.

—Me obligarás a llamar a mis dos agentes. Te pido que sepas afrontar el justo castigo.

—El vicio no está en pedir, sino en conceder, mi capitán. ¿Tú qué quieres? ¿Qué me presente atado ante un tribunal de majaderos gandules, momificados entre páginas de código? No les doy beligerancia ni categoría para que me llamen desertor y sentencien que sea fusilado rápidamente y me ojeen como quien mira a un bicho repulsivo. No, Stefan... Como hermano, te ruego que te largues, y hazme el pajolero favor de encomendar a otro colega la papeleta de detenerme.

Stefan Braun bajaba la diestra hacia su funda pistolera.

Gunter Braun descruzó los brazos y sacó la mano que tenía oculta en una funda interna de su sahariana.

Exhibió una «Luger», encañonándola con vaivén oscilatorio.

—Armamento que mi amigo Klem recogió de dos bajas que, antes de serlo, me mellaron el coco y me tundieron los lomos. Estoy muy tundido, física y moralmente, Stefan, pero, así y todo quiero evitarte el futuro remordimiento de haberme entregado al piquete de ejecución.

Stefan Braun abrió la funda pistolera. Sus dedos se inmovilizaron. Los pardos ojos de su hermano tenían mucha dureza:

—Celebro que lo hayas adivinado. Prefiero dejarte cojo de las dos piernas antes que permitir que pudiera maldecirte frau Margret.

—No debí confiar en que te comportarías como corresponde.

—A ti te parece que me corresponde tender las muñecas y caminar erguido y marcialmente hacia el poste de los tiros. Yo soy de un parecer muy distinto. Me dolerá pegarte dos balazos, Stefan, pero me evitarás el hacerlo, si razones sensatamente. Yo tengo la sartén por el mango.

—Dispara —silabeó el capitán Braun.

—No hace falta, creo yo. Si te dejo libre, tus colegas te someterán a reproches molestos para tu integridad física. Reproches a base de degradación, arranque de galones y arranque de tiras de tu pellejo. Vuélvete de espaldas y te aplicaré un culatazo en el cogote. Te ataré. Y así, todos contentos. Dirán que tu hermano sorprendió tu buena fe. Quedarás expulsado ante tu banda de sádicos verdugos.

—No saldrás de aquí. Por aquella puerta te cierran el paso dos agentes, pistola en mano. Por la otra salida, aguardan otros dos, al mando de un suboficial enviado por Von Firschbach. Parlamenté con el suboficial que me dio la preferencia. Irma me avisó a mí primeramente.

—Irma me dio el queso de la trampa. Hasta su último aliento será una desalmada. Ya comprendo ahora su actitud. Quiso demostrarme la gran cantidad que era, pensando que en mis últimos instantes me atormentaría el recuerdo de su voluptuosa maestría... A lo nuestro, Stefan. Acabemos ya.

Y con la «Luger» señaló el soldado un semigiro.

—No puedo, Gunter. Yo he de cumplir con mi deber.

—Piensa en Von Firschbach. Me acusa de la decapitación de Elsa. Deseará que me hagan un interrogatorio hábil, con toda clase de instrumentos convincentes y per—suasorios, hasta conseguir que yo pida misericordia y me confiese autor no ya de la decapitación de Elsa, sino de la da María Antonieta. Tú, mi hermano, ¿consentirías que me torturasen?

Stefan Braun irguió más la cabeza.

—He de detener al desertor Gunter Braun.

Y alzó la mano hacia el silbato inserto en un ojal de su guerrera.

Gunter Braun, en salto elástico, abatió el puño derecho. La culata de su «Luger» chocó en certero golpe. En el entrecejo.

Stefan Braun se inclinó atrás, pero no cayó al suelo porque le retuvo

su agresor por la cintura, trasladándole hacia un sillón.

Rasgando una sábana, procedió el soldado a atar las muñecas y tobillos del desvanecido.

No pudo reprimir un gesto, al terminar el último nudo: acariciar la cabeza del capitán de la SS.

—Te envidio. En ti, el deber y la disciplina es como en otro la fe y la resignación. Te envidio. Adiós, Stefan.

Aproximándose a la puerta tras la cual dijo su hermano que aguardaban dos policías, pistola en mano, amartilló la «Luger».

La retirada por la salida privada del hotel era la lógica.

Abrió repentinamente la puerta, encañonando a uno y a otro lado, doblando el índice en el gatillo.

Contempló a los dos Gestapos, inertes en el suelo alfombrado.

En la salida comunicante con las escaleras, Hans Klement ondeó la mano:

—Arreándole a los pies, soldado Braun. Pitando. Bajando las escaleras, masculló Braun:

—Entre tú y mi ángel de la Guarda, últimamente, hay mucha competencia. Te asomas misteriosamente y con gran pupila,

—Me he aficionado a seguir tu rastro. Ibas a ver a Irma,... Me olió a chamusquina. Esperé rondando, y vi llegar al capitán Braun, amén de un sargento cara de perro y cuatro dogos disfrazados de policías. Contemplé el despliegue estratégico y me dije: «Hans, si el soldado Gunter no quedó entontecido y alelado por la hembra, elegirá la retirada por retaguardia.»

—Y acertaste. ¿Qué le pasó a los dos centinelas?

—Les conecté un trancazo en la canija base craneal, y se encogieron como calcetines limpios.

Se detuvieron ambos en el rellano de salida al patio de estacionamiento. Braun se acarició el vendaje:

—Tengo cucarachas escarbando por mi sector encefálico.

—Aplástalas porque necesitamos que te carbure el seso. Delego en ti la operación de estudio del terreno. Las aceras que desde aquí podemos escrutar, sin ser escrutados, rebosan de perros buscones. Échale caletre al aprovechamiento del terreno en infiltración de galopada huyente.

Volvían al léxico del frente.

—Aquel artefacto rodante me despepita, Klem.

Klement examinó el sidecar sin ocupantes, ostentando banderín y siglas del Estado Mayor. Asintió gravemente:

—Siempre me «lampé» por viajar en barquilla. ¿Sabes manejar esta clase de velocípedos?

—Tengo nociones elementales, pero sugiero que te «trinques» bien a

la barquilla.

Instálate con celeridad y pupila.

Se dirigieron al sidecar, y Klement encajó su humanidad en el oblongo asiento. Braun cogió el casco colgante del manillar, y se cubrió la vendada cabeza.

Pisó por dos veces el pedal de arranque. Al tercer intento, petardeó el motor.

—A casa, cochero —dijo Klement—. Lo más recto posible.

El vehículo describió varios zig-zag hasta situarse en la calzada de salida, y rodó hacia el asfalto de la avenida, donde, en progresiva velocidad, fue dejando atrás la encrucijada en que se hallaba el hotel Regens.

Capítulo VIII

EN el caserón de las riberas del Spree, que había sido almacén, la hierba crecía libremente. El techo había desaparecido, devorado por las llamas, y los muros de piedra, ennegrecidos, formaban un cuadrilátero, con las oquedades que antaño fueron portalón y ventanales.

Parando el motor, desmontó Braun, mientras Klement, con atlético esfuerzo, se arrancaba del estrecho asiento.

—Le eché el ojo a este cubil, al explorar ayer los contornos —dijo Klement—. Salvados los obstáculos del tránsito rodado, tengo que felicitarte por tu gran pericia como motorista.

—¿Te diste cuenta cómo esquivé aquel camión que se empeñaba en cruzarse por nuestro sendero?

—Lo que me di cuenta es que el caminero ladraba algo semejante a: «¡Ramonazo! ¡Fijo en tu ruta!» Por lo menos, me sonó por el estilo.

Braun acabó su inspección ocular del caserón. Sonrió:

—Estoy madurando un plan de campaña, Klem. Vamos a traer aquí un medio de transporte adecuado para trasladar a mejor clima a Milena y el chaval.

—Albricias, albricias. Soy todo oídos. Te advierto entusiasta y alegre.

—Me quité de encima un gran lastre de melancolía y pesimismo. Ahora me siento volátil como un mariposón. Y cuando hayamos podido dejar a salvo a la parejita del pozo nos condecoraremos mutuamente. Habrá sido nuestra primera acción de utilidad social.

¿Qué es esto?

Klement sacaba del asiento del sidecar una ristra larga y delgada envuelta en papel grasiento.

—Cuando tú y el camión estabais enzarzados en tercas acrobacias, procuré agarrarme a algo sólido. De la lona del camión sobresalía este orondo y hermoso asidero. Suculentos salchichones.

Tiró el papel, rompiendo el bramante de unión entre dos embutidos. Partió el salchichón, tendiendo la mitad a Braun, que afirmó:

—Me figuraba que esta materia prima era una especie tan extinta como el dinosaurio. Masticando, rientes los ojos, Klement asentía en cabezadas satisfechas.

Meditó Braun en voz alta:

—En este trasto podría llevar a Milena. Pero queda por resolver

dónde transportar tu persona y al chaval.

—Antes que se me olvide, ¿cómo zanjaste tu discusión con el capitán Braun?

—Favorablemente para ambos, como era mi obligación. ¿Sabes conducir?

—Yeguas, burras y mulas. Eso sí, las conduzco estupendamente.

—Entonces, olvidemos este artefacto trirrodante. Hemos de encontrar un pequeño camión, provisto de suficiente combustible.

—No abundan.

—Los hay en el Parque de Intendencia.

Rió Klement, frotándose las manos sobre el bombacho.

—No me disgustaría tomar por asalto la pocilga de los comilones almaceneros que nos escatimaban la pitanza. Pero existe un medio de transporte mucho menos ruidoso en su adquisición, ya que hemos de calibrar la poca reciedumbre bélica de Milena y el mocito anémico.

—Rueda el carro del tiempo y resuena cada vez más pujante la potencia de tu sano cerebro, Klem. Ilústreme.

—Dando por supuesto que deseas alejar del mundanal estrépito berlinés a los hermanitos Goldberg para hacerles respirar el aire nutritivo de la campiña, deduzco que nuestro próximo objetivo es mi cerro montañoso y el palacete del leñador.

—Atinaste. ¿Medio de transporte?

Hans Klement removió las dos manos en el aire, como si pensara algo resbaladizo.

Parecía ordeñar, mientras decía:

—Adivina, adivinanza.

Gunter Braun, masticando el resto del salchichón, frunció el ceño en su intento de adivinar.

—Renuncio, Klem. Me duele horrores el coco, y carezco de mi habitual y escasa ración de lucidez mental.

—Desplazamiento nocturno garantizado. Los camiones lecheros bajan de la montaña al amanecer. Llevan sólidos gasógenos. Se turnan a la ida y a la vuelta. Iré a explorar a Halplatz, donde se aglomeran los camiones. Mientras, busca la verdad en el fondo del pozo. Ya conoces la leyenda... La pureza de la cristalina verdad se halla en el fondo de un pozo.

* * *

Gustav von Firschbach, aceradas las pupilas, especificó:

—Usted fue trasladado a este departamento porque la misión de la captura del desertor incluía a mis enviados. En ello no veo nada de

ofensivo ni en mis comentarios existe la menor malicia.

Stefan Braun, amoratados los ojos y húmedo aún el apósito en su hinchado entrecejo, repitió:

—Considero ofensivo poner en duda mi sinceridad. Y es malicioso pretender que alguien pueda sospechar que hubo una confabulación. El desertor estaba armado, y me golpeó inesperadamente.

—Mi estimado capitán, yo he de atenerme al informe de mi enviado. Es cierto e indiscutible que transcurrió más de media hora desde que usted entró a solas en la habitación donde se hallaba su hermano. Usted alega que su hermano intentó justificar su desertión ante el enemigo. Yo lo creo, y no pongo en duda su estricto deseo de cumplir con su deber. Pero la realidad es evidente. El desertor escapó.

—Be nada sirve recriminarme. Lo que urge es tomar las medidas necesarias para la pronta captura.

—Han sido tomadas. Pero ahora discutiremos su caso personal, y si bien no es usted un responsable de complicidad, cosa que será dilucidada en la indagatoria, no podrá negar que le incumbe una responsabilidad por negligencia. Me veo en la penosa obligación de participarle que, desde este momento, se halla en situación de arrestado.

Stefan Braun dio media vuelta y se dirigió a la puerta del despacho. A su espalda, la voz sin matices del diplomático puntualizó:

—Arrestado en la sala preventiva de este departamento. En brusca media vuelta, Braun rebatió en tono airado:

—¡No le reconozco autoridad! Mi obligación es la de presentarme ante mis superiores. Von Firschbach mostró un escrito, con varios sellos.

—Tus superiores han delegado en mi servicio la investigación pertinente porque, aparte del delito militar, su hermano es sospechoso de asesinato. Le ruego se sirva ingresar en la sala preventiva, Braun.

—Ahora comprendo por qué me quitaron el revólver.

—Costumbre rutinaria, Braun.

—¡Capitán Braun! —rectificó el oficial.

—Me temo que lo menos que puede sucederle sea perder su grado. Von Firschbach había ya pisado una seta metálica en el suelo.

La puerta se abrió, y entraron dos hombres de robusta complexión, ojos opacos y estólida indiferencia.

Stefan Braun comprendió que ya pasaba a ser un expediente más en el departamento especial de Von Firschbach.

—Si está en mis atribuciones...

—Deseo que le sea notificada a mi esposa mi actual situación.

—No hay el menor inconveniente.

Braun abandonó el despacho, escoltado por los dos policías.

Von Firschbach, tras efectuar una llamada telefónica, se ensimismó en el dictado de los cargos contra el capitán Braun. Revisaba el original

mecanografiado, cuando le anunciaron la visita de Olga Braun.

Ceremoniosamente, se puso en pie, al entrar la esposa del detenido.

Morena, nerviosa, y altiva, Olga Braun, perteneciente a una familia influyente adoptó un tono superficial:

—Buenos días, Gustav. Supongo que el arresto de Stefan obedece a una simple formalidad administrativa, sin la menor trascendencia.

—Mi deseo sería compartir tu optimismo, Olga, pero la realidad es muy distinta. Y no podemos eludir otra realidad: yo soy, únicamente, un engranaje en el mecanismo de un servicio burocrático obligatoriamente severo. Antepongo esta premisa para dejar bien sentado que, pese a la gran amistad que me une contigo y tu familia, no puedo intervenir, bajo ningún concepto, ni tengo la menor atribución ni iniciativa.

—Todo este exordio me hace pensar que la acusación contra Stefan debe de ser grave

—dijo ella fríamente.

—En efecto. Solicitó detener personalmente a su hermano y éste se ha fugado. Mis agentes hubieran efectuado la captura sin el menor contratiempo, a no ser por la desafortunada mediación de tu esposo.

—Stefan no puede ser inculpado, si su hermano es un rufián.

—Stefan ha incurrido en una peligrosa negligencia. Por su torpeza, se escapó un desertor que es, además, un asesino. La sentencia más benigna que puede esperar a

Stefan es la degradación y su inmediato traslado al frente. No quiero ni puedo engañarte con falsas esperanzas.

Olga Braun pensó en su prestigio social, en la marca infamante que supondría ser la esposa de un oficial degradado.

Von Firschbach añadió:

—Solamente existe una solución.

—¿Cuál es?

—La captura de Gunter Braun en el plazo más breve, antes que la indagatoria contra Stefan sea elevada a expediente.

—Dispones de medios sobrados para lograr que, cuanto antes, reciba su castigo ese malhechor que deshonra el apellido que lleva.

—Me temo que no son suficientes. Gunter Braun sabe ya lo que le espera si es apresado, y nunca se dejará coger con vida. Y necesito que sea capturado vivo para que confiese su culpabilidad en la muerte de Elsa Stiebel. Tú puedes lograrlo, Olga.

—¿Cómo?

Von Firschbach expuso su plan.

La Halsplatz, el morcado central berlinés de ganado, ya no ofrecía la ruidosa actividad que le caracterizó en tiempos recientes. Los camiones procedentes del campo descargaban allí los productos lácteos, que eran recogidos por los servicios de racionamiento.

Los conductores eran en su mayoría mujeres, y tenían que esperar pacientemente en la cantina, a que en sus vehículos volvieran a cargar los envases vacíos.

Hans Klement, en la cantina, bebía con fruición el áspero vino rojo.

Detallaba con insistencia a la propietaria y conductora de una camioneta muy desvencijada, pero sólida, en cuya hoja de circulación había leído su filiación y punto de residencia.

Una muchacha rolliza, de rojas y gruesas trenzas, que le colgaban a su espalda.

Se mantenía separada de los otros grupos, haciendo labor de punto. Varias veces, su mirada se había cruzado con la del fornido soldado.

Vestía a la usanza montañesa: corpiño negro de anchos tirantes, blusa roja y recia falda de lana. Gruesas medias de lana que le llegaban hasta debajo de la rodilla, y calzaba botines de piel forrada.

Sus claros ojos tenían la vacua transparencia de una res apacible.

Hans Klement aproximó un taburete, sentándose ante ella, que le miró plácidamente.

—Hola, Gretchen. Te conozco de cuando eras así de pequeña —y con la mano, Klement señaló una altura de medio metro—. Me llamo Hans, y soy de Ripstock.

—Yo soy de Trihelm y me llamo Henrietta. Debes confundirme con la Gretchen que conociste tan chiquitina —y se rió ella, mostrando una mella central en la blanca dentadura.

Klement rió como si acabase de oír algo muy gracioso. Dio una palmada en un hombro de la campesina.

—Apenas entré, me dije: «Hans, ya has encontrado a la chica de tus ensueños.» Eres tal como la imaginaba, allá por las praderas alambradas de Francia. Tu aldea está cerca de la mía, Henrietta. Yo pensaba quedarme por la capital, pero al verte, tan jocunda y oronda, tan llenita y apetitosa, me pegó un alegre brinco el corazón. Toca.

Cogió Klement la, diestra de la que había abandonado su labor, y la aplicó sobre su costado izquierdo. Ella comprobó la dureza muscular y dijo:

—Soldado en vacaciones no es de fiar. Luego te irás.

—Pero te daré arras de regreso y lealtad, si me aceptas a prueba. Tus amigas enflaquecerán de envidia, cuando yo sea tu marido.

—Muy deprisa vas, Hans.

—Porque el tiempo vuela que es un primor, y ya que tú eres la mujer por la que suspiro, hemos de hablar claro. ¿A qué hora saldrás para

nuestras montañas?

—No podré salir antes de las siete, Hans.

—Tengo un amigo, soldado gallardo y bizarro como yo, que quiere llevar a sus dos hermanos a hincharse del buen aire de nuestras praderas. A mí, tú me llevarás gratis, pero he de velar por nuestra futura talega de ahorros. ¿Qué te parecen diez marcos por cabeza?

Ella sonrió, asintiendo y dejando que sus manos fueran apresadas por las de Klement, que afirmó:

—Te voy a querer de verdad, como te mereces, Rietta. Y cuando te portes mal o seas esquiva, te azotaré con tu trenza.

Y hablándole casi al oído, añadió:

—Hueles a manzana opípara y jugosa. Tienes las redondeces sabrosas como una jaquita lustrosa y bonita.

—Sería bonita, pero la mella me afea —dijo ella gravemente—. Una amiga me contó que aquí en la ciudad hay un dentista que, en menos de tres horas, pone un diente de porcelana.

—¿Por qué no fuiste?

—Porque no quiero gastar, y hago ahorros para el día que me case.

—Muy bien hecho. Yo te regalo el dientecito. Tengo pagas de tropa acumuladas. Te propongo el «pacto y choca». Si dentro de siete noches, estamos gustosos juntos, uniremos nuestros ahorros y apellidos.

Klement soltó las manos de la campesina y presentó su diestra abierta.

Henrietta contempló un largo instante al que poco antes era para ella un completo desconocido.

Y por fin, a la usanza, aceptó el «pacto y choca» equivalente al más solemne de los juramentos. Chocó la palma de su diestra contra la del soldado.

Klement hurgó la camisa, y sacó una cadenita, de la cual colgaba una bolsita impermeable. La abrió, preguntando:

—¿Cuántos marcos tienes que darle al dentista?

—Muchos, Hans —murmuró ella, titubeante.

—Pocos me parecerán, con tal de tenerte contenta, Rietta.

—Ciento cincuenta marcos. Una barbaridad, ¿no, Hans?

Klement sacó un rollito de billetes de cien. Apartó dos y volvió a cerrar la bolsita, escondiéndola bajo su camisa. Colocó los dos billetes en el regazo de la gruesa falda.

—Sobran cincuenta, Hans.

—Son para la pieza de tela de hilo.

Henrietta se contoneó, halagadísima. Era el primer obsequio entre novios: la tela para confeccionar los dos camisones blancos con las iniciales entrelazadas.

—Tengo que hacer unas visitas, Rietta. Irás al dentista y, antes de las siete, aquí estaré en tu busca.

—¿Y tu amigo y sus hermanos, Hans?

—Los recogeremos por el camino.

Se puso ella en pie, al levantarse Klement. Y bajó las pestañas al preguntar él:

—¿Tu corazón será mío, Rietta, guapaza?

—Creo que sí, Hans.

Colocó Klement sus manos bajo los sobacos femeninos, y alzó en vilo a la campesina, en cuyas mejillas coloradas estampó dos sonoros besos.

—Se me harán dobles las horas hasta volver a verte, Rietta, guapaza mía.

—A mí también, Hans. Estoy contenta de haberte conocido.

* * *

Margret Braun acudió a abrir. Su rostro afable se endureció, al reconocer a la visitante.

—¿Puede recibirme? —preguntó Olga Braun.

—Eres la esposa de mi hijo.

—Y vengo en su nombre.

Margret Braun señaló una silla a su nuera, pero ella siguió en pie.

—Stefan está arrestado, y me ha pedido que avise a Gunter lo antes posible. No ha de inquietarse usted, porque no es nada grave. Pero hemos de avisar a Gunter inmediatamente.

—¿Qué ha hecho Stefan para que lo arresten?

—Una tontería.

—La única tontería que cometió Stefan fue casarse contigo. Te lo dije a las dos semanas de la boda, y te lo repito ahora, con más fundamento que nunca, porque con tu afán de dominar y tu presunción de creerte superior, le has convertido en un muñeco.

—No creo que éste sea el momento adecuado para volver a discutir. Lo que apremia es advertir a Gunter que su hermano quiere verle con urgencia. Stefan desea saber dónde está Gunter.

—Apenas tenga noticias tuyas, ya le haré saber el deseo de Stefan.

—Si me da la dirección de Gunter...

—La desconozco.

—Es extraño que no se aloje en esta casa.

—Un soldado de vacaciones tiene muchas cosas por hacer. ¿Dónde está Stefan?

—En la sala de arrestos del 17 de Lilienstrasse.

—¿El departamento de Von Firschbach? —murmuró Margret Braun,

extrañada—. Bien, ya avisaré a Gunter.

Olga Braun, al despedirse, pensó que ya había obtenido lo que deseaba Von Firschbach.

Que Margret Braun, inconscientemente, orientase a la policía hacia el secreto escondite del desertor, acusado de asesinato.

* * *

Gunter Braun tensó la cuerda en torno al fardo que constituía el único equipaje de los hermanos Goldberg. Unas ropas usadas, envolviendo una olla, una sartén y cucharas de madera.

Los sacos que servían de mantas y, rellenos, de colchón, no era preciso llevarlos, explicó Braun.

—Adónde vamos, el blando heno es el mejor de los lechos, y no hace falta manta, porque os rodeará un calorillo fragante, que huele a leche tibia. Las ovejas dan su lana que acaricia, y lo más bonito de aquellos lugares es que allí no hay policías en cada esquina.

Moise Goldberg escuchaba ávidamente, como si oyese hablar de un paraíso, y Milena sonreía, extasiada.

—Klem ha ido a ocuparse del medio, de transporte. Ahora dormiréis una buena siesta y así, esta noche, podréis conocer los paisajes donde la Naturaleza impone su buena ley saludable: vivid libremente, sin odios, fraternalmente. Esto es lo que canta la brisa entre los pinares. Y allá creceréis alegremente, sin inquietudes ni penas.

Poco después, dormían apaciblemente los dos hermanos.

Y contemplando a Milena, Gunter Braun experimentaba una sensación nueva para él, y que no lograba definir.

Era el nacimiento de un cariño protector.

Capítulo IX

LE resultaba imposible dormir, y varias veces se había deslizado en la zona nebulosa, a medio camino entre el sueño y la modorra del bebedor, donde la realidad se esfumina y deforma.

Hacía calor en la habitación, porque estaban cerradas las ventanas y corridos los cortinajes para impedir el paso de la luz del día.

Súbitamente, Emil Luctow se despertó sobresaltado, reseca la boca. Palpó los brazos del sillón en el cual pasaba largas horas, y el contacto le confortó.

El sopor se apoderó nuevamente de él.

En la pared, en que la densa oscuridad no permitía ver la fotografía del cadete Luctow, orgulloso en su uniforme recién estrenado, se plasmaban imágenes como en un documental biográfico.

Los mítines de Munich, las conspiraciones en las cervecerías, las peleas callejeras, la ruda camaradería, las intrigas para destacarse y memorable sesión, cuando le nombraron miembro adicto del Partido.

Después, el triunfal avance arrollador, el águila negra ondeando por doquier. Su pasión por Irma Kleinz y el principio del fin.

Sus antiguos compañeros considerándole un esclavo de la esposa que él pretendió modelar a su antojo. Su ruina material. Su ruina física.

La mina explotando, el agudo dolor lacerando, y un despertar amargo, sintiendo pinchazos en una pierna que ya hacía horas que estaba amputada. Un muñón a ras de la ingle.

El alcohol convirtiéndose en su inseparable compañero. Olas de licor ambarino, remolinos de espuma vinosa, burbujes de líquidos chispeantes que enturbiaban su pensamiento, sin conseguir ahogar la imagen de la mujer que, de discípula, se convirtió en dueña burlona.

En la oscuridad de la esquina, se movió el plomizo cortinaje, tras el cual acababa de cerrarse la puerta que comunicaba el largo pasillo con aquella sala que era el sitio predilecto del comandante Luctow para sus sesiones de soledad.

Emil Luctow creía seguir soñando.

La silueta negra, de cabeza encapuchada, avanzó sigilosamente. Tras la espalda, la mano enguantada empuñaba un largo cuchillo de ancha hoja afiladísima.

Luctow removió los labios pegajosos, y su diestra tanteó en el hueco

donde se alineaban varios frascos y su copa favorita. La de plata cincelada en cuenco plasmando un cráneo.

El recipiente en que los primeros germanos brindaban: el cráneo del enemigo vencido.

La silueta negra quedó a un lado del amodorrado alcohólico, cuya mano asía la copa de plata cincelada, atrayéndola amorosamente hacia su pecho.

El cuchillo brilló repentinamente, rasgando la calurosa oscuridad.

Penetró violentamente en la carótida de Emil Luctow, y describió un escalofriante círculo.

La copa, simulando un cráneo, tintineó al chocar contra la pierna metálica y cayó al suelo alfombrado.

El tejido esponjoso y blanco de la alfombra fue absorbiendo la sangre del decapitado.

* * *

Hans Klement avanzaba por la acera, con paso aplomado. Su sexto sentido, desarrollado en sus caminatas por terrenos poblados de enemigos, le dio la señal de alarma.

Penetró en un zaguán, y se dijo que era lógico el movimiento envolvente. Era la estrategia que se imponía: el enemigo había distribuido avanzadillas de centinelas policíacos por las vías de acceso al domicilio de frau Margret Braun.

Él había prometido que, a media tarde, vendría a visitarla para darle noticias de Gunter. Ella le esperaba.

Klement subió las escaleras de una casa contigua. Contaba con el factor suerte, que siempre favorece a los audaces.

Y en efecto, las azoteas de aquella hilera de casas estaban a un mismo nivel.

Poco después, bajaba cautelosamente por otra escalera. No había ningún enemigo en el rellano que era su objetivo.

Llamó suavemente a la puerta, y frau Margret le acogió, sonriente. Mientras cerraba, ella miró anhelante al soldado.

—Buenas tardes, señora. Gunter está boyante y se libró de su pesadilla. Vuelve a ser un mozo alegre, y proyectamos, para esta noche, nuestro traslado a las montañas. Apenas estemos instalados, yo vendré un día u otro, a comunicarle nuestro nuevo domicilio.

—¿Me permites que te tutee, Klem? Así es como te llama mi hijo.

—y me agrada.

—Ha venido a visitarme la gata orgullosa que esclavizó a Stefan. Quería saber dónde estaba Gunter. No lo sabrá nunca, y no me preocupo

por Stefan porque ella removerá sus muchas influencias. Díselo a Gunter. Nada le pasará a Stefan, porque su esposa, por su propio interés, lo resolverá fácilmente.

—Me contenta por usted, señora.

—Celebro mucho que hayáis decidido abandonar Berlín. Y confío en tu promesa, Klem. Un día u otro, nos reuniremos todos y, con la paz, volverá la tranquilidad de nuestros ánimos.

—Así será, señora Braun. Pronto haré viajes en un camión repartidor. Vendré a visitarla. ¡Quién sabe si usted no deseará cambiar de aires por una temporada!

—Posiblemente... Y dile a Gunter que no se mortifique por mí. Yo sé que si hizo algo que otros juzgarán un delito, actuó como le indicaba su conciencia. Y prefiero que no sepa que su hermano ha sido arrestado, podría cometer una imprudencia.

—Sí, señora.

—Kay policías vigilando esta casa, Klem.

—Por eso vine por la azotea, y por allá me voy. Hasta pronto, mi buena señora Braun.

* * *

Irma Kleinz surgió del agua tibia y jabonosa del baño. Frotándose con una amplia toalla, se aproximó al espejo.

Le complacía contemplar la compacta firmeza de su anatomía. Tenía la absoluta convicción de que, en sus últimos instantes, Gunter Braun, al igual que Emil Luctow, moriría atormentado por la evocación de los deleites que ella le concedió, y que perdería con la vida.

Revistió su satinada desnudez con leve seda azul brillante y, anudándose flojamente el cinto de la bata, calzó las chinelas.

Pasó a la habitación que, aquella misma mañana, había sido escenario de la brutal fogosidad de Gunter Braun.

La gerencia del hotel Regens había recibido la orden de mantener en secreto lo ocurrido. Ni siquiera debía saberlo la propia ocupante de la *suite* número 7.

La telefonista del Regens, en aquellos mismos instantes, contestaba a la pregunta hecha desde un café cercano:

—...Sí, señor. La *suite* 7 sigue ocupada per frau Irma Kleinz.

Hizo una pausa, escuchó y, mirando el casillero de llaves, afirmó:

—...Sí, señor. Se halla en sus habitaciones.

Irma Kleinz manipulaba en la radio, y disminuyó el volumen, hasta conseguir una suave sonoridad, reproduciendo los bailables que la orquesta de violines de Luther Fritz interpretaba en el Adlon.

A los arpeggios de un vals, la mente de Irma Kleinz contempló su próximo futuro. El dinero, a buen recaudo en un Banco suizo, le aseguraba contra toda necesidad económica.

Poseía un salvoconducto especial, y le sería fácil trasladarse a Suiza.

El sentido práctico había ido anulando su inicial fanatismo, a medida que iba concretándose el incontenible avance del enemigo.

La melodía de los violines inundaba gratamente sus oídos.

El tenue chasquido del cerrojo no lo hubiera oído tampoco, ya que se produjo en la puerta de la salita comunicando con las escaleras de la salida privada.

Gunter Braun siguió manipulando con el alambre retorcido, y, por fin, la puerta cedió paso. Desde dentro de la salita, corrió el pestillo.

Los sentimentales acordes del vals aceleraron su torbellino final y, tras una breve pausa, la orquesta desgranó los primeros compases de un fox lento.

—*Té para dos* —dijo Braun, entrando. Aludía al título de la melodía.

Irma Kleinz respingó, arrancada bruscamente de sus agradables visiones del futuro.

Desmesurados los ojos, miraba, incrédula, al que avanzaba pausadamente.

Retrocedió ella el busto, acurrucándose más en el sillón.

Pero las dos manos que tendía Braun hacia ella, se desviaron para posarse en el aparato de radio. La música cesó.

—Parece como si mi visita te cause temor, mujer.

—Me sorprendió tu repentina aparición. Volvió ella a recobrar el dominio de sí misma.

Se sentó Braun al borde de la mesa. Sus rodillas rozaban al brazal del sillón.

—Estuve esperándote esta mañana. Me habías prometido volver pronto.

Trataba ella de adivinar lo que había sucedido. Tal vez, él se fue antes de que irrumpiesen los encargados de capturarlo.

—Cuando regresé, ya no estabas.

—Mira qué pena...

—¿No tienes sed? —y señaló ella el mueble-bar.

—Antes de venir, me empapé de tila.

—Tus nervios están bien templados —sonrió ella, levantándose.

Permaneció frente a él, consciente de que la leve tela azul moldeaba las turgencias de su arrogante figura.

Braun, mirando hacia el mueble-bar, sugirió:

—¿Te preparo un tónico calmante?

—Yo misma me lo haré.

Al volver ella la espalda, Braun experimentó una tranquila y normal complacencia. Aquella mujer ya no le causaba un complejo de frustración. Se sentía liberado de la pesadilla obsesionante que era la evocación de la Irma juvenil y romántica.

La actual Irma era tan sólo una hermosa hembra traicionera.

Irma Kleinz, acercándose a la esquina, se aproximó al chaquetón de piel colgante de una percha, en el armario entreabierto. Y cuando tendía el brazo hacia el bolsillo en que se hallaba la pistola, se sobresaltó, irguiéndose.

Tras ella, Braun le asía las muñecas, atrayéndolas hacia su busto. Y en su mejilla sentía el aliento del que decía:

—Eres irresistible. Tu imponente carnación atrae como un imán. Considero superfluo afirmarte que, si te lo propones, atontas al hombre más suspicaz.

Una de las manos acariciaba. Ella deslizó la diestra hacia el bolsillo del chaquetón. La atrajo Braun con brusquedad, obligándola a dar media vuelta.

Chispeaban los pardos ojos.

—Tu sentido de la orientación falló. Me dijiste, que ibas a prepararte un bebestorio, y, de pronto, te dio por meterte en el armario.

—Buscaba un pañuelo.

—¿Este?

La diestra de Braun extrajo del bolsillo del chaquetón la pistola. Ella expresó asombro.

—Tu desconfianza es absurda, Gunter. Esta mañana nos reconciliamos...

Resonó el chasquido de la recámara, expulsando la bala. Quitó también el peine, y dejó el arma, descargada, en un estante del armario.

—Dejemos ya la comedieta, Irma. Esta mañana tendiste la red, en la que yo debía quedar coleteando y preso como una sardina mareada. No arrugas ni te arrugues la frente buscando embustes.

Caminó ella con rigidez hacia el mueble-bar, abriéndolo. Temblaban sus manos y, vuelta de espaldas, murmuró:

—Me vi obligada a hacerlo.

—Pobrecilla... Anda, bebe un poco y tranquilízate, que no he venido con propósitos sanguinarios.

Paladeó ella el kirsch aromático, y la segunda copita le dio euforia. Quedó convencida de que el deseo que por la mañana había desencadenado, esclavizaba al soldado.

Se aproximó, incitantes los ojos, en perverso destello. Al detenerse ante el visitante, alzó las manos, ahuecándose la larga cabellera, en un escorzo procaz, carente de sutilidad.

Rió Braun con sarcasmo:

—Entre los hedonistas griegos, habrías sido una cortesana muy cotizada, Irma. Pero esta mañana el volcán estalló y lo aplacaste. Siéntate, y hablemos sin más florituras. Quiero que fijes tu atención en una extraña coincidencia: mi llegada a Berlín suscitó la aparición de varias tarjetas, con sentencias de muerte. Segunda coincidencia: poco después de mi entrevista con Elsa, le rodó la cabeza.

Irma escuchaba con atención creciente.

—Todo se encauzó de modo que las sospechas derivasen hacia mí. Como yo sé perfectamente que no he tenido nada que ver con la decapitación de Elsa, he ido atando cabos: una persona, que llamaremos X, necesitaba librarse de Elsa, por motivos que son otra incógnita. ¿Quién es X? ¿Cuál es la incógnita?

Elevó ella los hombros, interrogante la expresión.

—X pretende evitar que la muerte de Elsa le sea achacada. Considera providencial mi llegada, para llevar a efecto su plan. Mezclando estos ingredientes, se obtiene un dato.

¿Captas mi deducción?

—Pues no.

—Elsa suponía un peligro para X, pero no inminente, sino en potencia, un peligro latente, que convenía eliminar cuando se presentase la ocasión propicia.

—Tu llegada.

—Exactamente. La eliminación de Elsa podía hacerse sin urgencia, X no tenía que precipitarse en liquidarla.

Repicó el teléfono, y ella se aplicó el auricular. Una voz inquirió:

—...¿Eres tú, Irma?

—...Sí. ¿Quién?

La diestra de Braun rodeó la femenina, obligándola a apartar un poco el audífono. La voz de Gustav von Firschbach exponía:

—Acaban de participarme la muerte de Emil Luctow. En idénticas condiciones que la de Elsa. La caja metálica. Necesito hablar contigo urgentemente.

Braun apuntó con el índice hacia el suelo. Ella asintió, pestañeando.

—...De acuerdo, Gustav. Te espero.

Y ahorquilló Braun, evitando así cualquier objeción. Permaneció pensativa, y por fin murmuró:

—Emil había recibido también una tarjeta.

—¿Quién más?

—Von Firschbach.

—Cuando me expusiste tus primeras sospechas, aludiste a ambos y a Elsa. Van siendo afeitados en seco, y tú gozas de espléndida salud.

—¡Te juro que yo...! ¡Es absurdo!

—Supongamos que, por una vez, eres sincera. Si no brotó espontáneamente de tu caletre la idea de engatusarme para que, mustio y agotado, me cazaran los gestapos ¿quién te empleó como señuelo?

—Von Firthach. Está convencido de que tú eres el que mató a Elsa.

—Dejemos las divagaciones. Pasemos a un axioma: la vida humana ha bajado mucho de valor, Irma. Soy ferozmente sincero al jurarte que me da lo mismo que vivas años o mueras en segundos. Vas a hacer lo que yo te indicaré... Y no juegues más conmigo porque al menor atisbo de un nuevo engaño, sin el menor remordimiento ni vacilación, te vuelo la cabecita. ¿Lo dudas?

Ella le contempló fijamente.

—Haré lo que quieras, Gunter.

—Aplicaré máximas bélicas. Entre otras, la eterna de que al enemigo trátale a su estilo.

Él te empleó como carnada. Ahora voy a preparar un tiro indirecto.

Braun habló con precisión y, cuando en la puerta de la antesala repercutía una llamada, pasó tras el biombo, cuyos tres paneles exteriores eran espejos.

Capítulo X

GUSTAV ven Firschbach, al entrar en la suntuosa habitación, dejó su sombrero y portafolios en la mesa. Se inclinó para besar ceremoniosamente la mano de Irma.

En su voz, habitualmente monocorde, vibraba cierto nerviosismo.

—No quisiera ser melodramático, pero la evidencia nos impone dedicar el máximo de atención a los hechos. El escepticismo de Luctow le hizo cometer el error de no tomarse en serio mi advertencia de que se rodease de todas las precauciones posibles. No me hizo caso, y lo ha pagado con su cabeza. Es preciso que unamos nuestros esfuerzos para terminar prontamente con la amenaza que supone Gunter Braun. Desgraciadamente, esta mañana escapó.

Irma Kleinz empezó a recitar la lección reciente:

—He meditado sobre la muerte de Elsa, y llegué a la conclusión de que no pudo ser Gunter Braun el autor, ya que en el intervalo de tiempo en que Elsa perdía la cabeza, y no en sentido figurado, Gunter se hallaba en la Ruterstrasse. Lo he comprobado, Gustav.

—Si no es Braun, ¿quién entonces...? Este misterioso asunto me tiene desconcertado, porque son muchos los casos importantes que me agobian y, para concentrarme en ellos, necesito eliminar el peligro que se cierne sobre mí.

—Fueron enviadas cuatro tarjetas, y dos cabezas han rodado. Quedamos solamente tú y yo, Gustav. ¿Quién puede tener motivos de venganza contra nosotros cuatro a la vez? Yo no logro adivinarlo.

—¡Braun! Solamente él. Nadie más.

—Elsa era una de tus sirenas agentes. La enviabas a averiguar secretos de índole comercial. Contratos de materias primas, que suponían mucho dinero para quienes intervenían como mediadores.

El director del Gabinete de Información extranjera se irguió.

—Estás insinuando algo gravísimo, Irma. No sé si te das cuenta cabal de lo que podría deducirse de tu comentario.

—Últimamente, son muchos los personajes bien situados que procuran enriquecerse rápidamente, preparando su fuga para el cercano día en que el enemigo invada por completo nuestra patria. Tú no eres un idealista. Tuviste ocasión de intervenir en operaciones financieras, realizadas por tu consejo, aparentemente ecuánime y desinteresado.

Obtuviste grandes beneficios. Elsa podía suponer, algún día, un peligro para ti.

Von Firschbach adoptó un tono condescendiente:

—La vida humana tiene un escaso valor actualmente.

La muerte de Luctow induce a cualquier espíritu receloso a suponer que es también obra de Gunter. Si solamente hubiese sido asesinada Elsa, podría sospechar de ti... Ingeniaste el envío de las tarjetas, mostrándonos la que asegurabas haber recibido, y así quedabas a cubierto.

Von Firschbach apoyaba negligentemente la diestra en la mesa. Junto al portafolios.

Replicó, desdeñoso:

—Tu imaginación es portentosa. Tú crees, entonces, que maté a Luctow para encubrir la eliminación de Elsa, que sabía demasiadas cosas que podían comprometer mi seguridad personal.

—Sí. Esto es lo que creo. Y puedo demostrarlo —afirmó ella.

La diestra de Von Firschbach tocó la empuñadura del largo cuchillo oculto dentro del portafolios.

—¿Puedes demostrarlo? ¿Cómo?

Hasta entonces, ella había hablado, aleccionada por el que, tras el biombo, observaba por una ranura, la modificación que se operaba en el rostro del diplomático.

Guardó ella silencio. Y tuvo, de pronto, la certeza de que contenía mucha sagacidad la regla militar mencionada por Gunter: «Cuando tanteas en busca del enemigo, en las tinieblas, dispara a ciegas. Algún disparo dará en diana.»

Von Firschbach semejava un pensador absorto en resolver un arduo problema filosófico.

Inclinada la cabeza, y cruzadas las manos a la espalda.

—Prefiero olvidar tus malignas frases, Irma. Te ruego guardes silencio y no siembres dudas sobre mi honorabilidad. Reina mucho desquiciamiento, y la envidia ajena se solaza en hacer uso del menor rumor, para denunciar.

Avanzaba en calmoso acercamiento. Distaba dos pasos del sillón, en el cual Irma seguía alisando nerviosamente los pliegues de su bata.

El respaldo del sillón rozaba la esquina del biombo.

El acero cabrilleó en brusca aparición del puño derecho, impulsado en veloz trayectoria hacia la blanca garganta.

La culata de la «Luger» empuñada por Braun golpeó primero la muñeca del asesino, y seguidamente chocó con el entrecejo de Von Firschbach.

En pie, Irma Kleinz, miraba, como fascinada, el cuchillo en la alfombra.

Inclinándose, Braun cogió por las solapas al desvanecido, alzándolo hasta encajarlo en el sillón, donde el cuerpo se desmadejó en grotesca postura de pelele relleno de serrín.

—Ya cesó tu inquietud, puesto que conoces la identidad del degollador. Nuestra declaración acabará con él. Voy a llamar a...

—A nadie, por el momento —atajó Braun—. Tú harás con Gustavito lo que mejor se te antoje. Para mí, caso resuelto. Ahora lo que me interesa es salir de aquí, sin que tú alborotes el corral, y, al volver yo la esquina, me salte encima un pelotón de la Gestapo.

—¿Por qué iba yo a hacer una maldad semejante?

—Porque tú amiga Olga, mi desconocida cuñada, te comunicó seguramente que soy un desertor.

—Lo ignoraba, Gunter, palabra que sí —y era sincera—. Esta mañana, si avisé a Stefan y a este hipócrita, fue porque tenía miedo de ti, y creía que eras realmente el que había decapitado a Elsa.

Braun acabó de rasgar una sábana en tiritas. Empleó la más ancha a modo de prieta mordaza.

—Gustavito puede esperar tu regreso. Vas a acompañarme a la zona que considero terreno apto para mis desplazamientos. Vístete.

Iba atando muñecas y tobillos, en forma especial. Las muñecas entre los muslos, quedaban sujetas a las rodillas, y otros sólidos anudamientos enlazaban con los tobillos.

Quitándose la bata, que dejó caer al suelo, Irma se dirigió al armario.

Con la tranquila impudicia de una diosa pagana, meditó Braun. Sentándose, ella fue colocándose una media. Preguntó:

—¿Adónde piensas ir?

—Me otorgué quince días de vida si es que a esto se le puede llamar vida. Me quedan aún varias jornadas. ¿Dispones de coche?

—A primeras horas de la mañana, este canalla —y apuntó ella con la barbilla hacia el que seguía sin sentido— puso a mi disposición una «DKW».

—Fantástico... Así abreviarás la imposición de mi compañía.

—Tu compañía me es gratísima, de veras —aseguró ella, tensándose la segunda media. Rió Braun, con un resto de melancolía.

—Eras una tímida Afrodita, cuando nos conocimos. Transcurrieron tres años inconmensurables... Y te transformaste en una afrodisíaca Circe.

—¿Circe? —sonrió ella. Poniéndose en pie, se abrochó el negro ceñidor, y tensó uno de los elásticos ribeteados de encaje.

—Circe era la diosa que convertía en jumentos a los míseros mortales.

Se encaminó ella al armario, y prolongó, en voluntaria demora, la elección del vestido. Las rotundas ampulosidades nacaradas provocaron

la— inevitable e impetuosa acometida viril.

Mucho después, conducía ella el «DKW» entre el tránsito berlinés. A su lado, pensó Braun que la capital daba la sensación de una desierta, agobiada, por el temor, con sus manzanas enteras en ruinas impresionantes.

El coche se dirigía hacia el cruce de Brenstag, en las afueras de Berlín, donde convergían las carreteras procedentes de las montañas al oeste y sur.

—Antes dijiste que era nuestra última entrevista. Nuestra despedida. ¿Por qué? Si quieres, podemos unir nuestros destinos. Iré adonde vayas.

—Nos olvidaremos pronto. Cada cual irá por su despeñadero. Cuando se divisaba la explanada, dijo ella:

—Yo puedo proporcionarte un salvoconducto especial y un pasaporte que te daría acceso a Suiza.

—Tu solicitud me conmueve. Pero, ya has hecho bastante por mí, mujer. Extirpaste hasta la última raíz que me quedaba del recuerdo de la novia inocente. Una extirpación sin el menor dolor, con la anestesia muy sabrosa de tus voluptuosos encantos. Quedé saciado, desquitado y plenamente complacido.

Frenó ella con brusquedad. Contrito el rostro sensual.

—Sin rencor, Irma —y, bajando, añadió Braun—: Con mi gratitud de soldado en vacaciones. Te recomendaré a mi regimiento. Adiós.

La «DKW» viró, alejándose velozmente.

En la lujosa *suite*, Irma Kleinz recogió del suelo el largo cuchillo. Por encima de la mordaza, los ojos de Von Firschbach adquirieron una desorbitada dilatación.

Apoyando la punta del cuchillo en la garganta del prisionero, dijo ella:

—Me denunciarías por no haber facilitado la captura de un desertor. Voy a irme lejos de la vesania demoníaca que reina aquí. Cuando mañana amanezca, estaré en un país tranquilo y libre. ¿Tu cuerpo? No lo encontrarán. Viajarás en dos maletas, y te esparciré por el bosque, en mi camino a Suiza.

El enloquecido sentenciado cabeceó repentinamente.

Irma Kleinz se inclinó, al recibir el cabezazo. El cuchillo se hincó en la garganta masculina.

* * *

Los frescos campos de alfalfa se extendían por las laderas montañosas y las verdes cabelleras de los abedules ondeaban al viento.

Bandadas de pájaros surcaban los aires, y el ganado pacía en los prados, moviéndose mansamente al ladrido de los perros pastores.

Desnudo el torso, tendido en el césped, Hans Klement cruzadas las manos bajo la nuca, suspiró, extasiado:

—El hombre feliz no llevaba camisa, Rietta, guapaza mía.

Levantándose, asintió ella en lenta cabezada. Siempre asentía a lo que decía su hombre.

—Tengo que ir a ordeñar, Hans. ¿Vendrás a cenar?

—Si a las ocho no he Llegado, espérame a desayunar.

Incorporándose, la asió por la gruesa trenza cuando ella se disponía a irse, la azotó suavemente.

—Tengo que seguir enseñando a Gunter y los hermanos las tareas caseras. Para ellos, esta dulce campiña es un paisaje que casi les inquieta. Estaban acostumbrados a calles asfaltadas y ganado marrajo muy bien vestido... Hasta pronto, Rietta, guapaza mía.

Montando el blanco potro percherón, partió Klement en dirección de la otra colina.

Henrietta había proporcionado las llaves de una granja abandonada por sus moradores, que, residiendo en la capital de la provincia, no hallaban arrendadores.

Pagó Gunter Braun el arriendo por dos años. Cuando avistaba la granja en que los hermanos

Goldberg hacían su gozoso aprendizaje de la vida rústica, vio en la vereda descendente a su amigo. Braun le señalaba con el brazo la carretera, que serpenteaba entre dos colinas.

Klement ató el percherón a una piqueta, y fue a reunirse con Braun, que comentó, sombrío:

—Grises legiones diezmadas, mustios guerreros reventados. Esto recitaba el profesor de latín evocando las tropas romanas en su retirada de las Galias. Traducido: una escuadra.

Por la polvorienta carretera, cinco soldados caminaban cansinamente tras un cabo. Llevaban el casco a la nuca y el fusil a la espalda, en diagonal. El cabo alzó la diestra, lanzó una orden, y los cinco soldados de Infantería, más que sentarse en la cuneta, se desplomaron.

Los uniformes acumulaban manchas de sudor, sangre y fango. Sudor propio, sangre ajena y fango de enlodados campos de batalla.

El cabo, aproximándose, escrutó a los dos hombres que acababan de surgir entre la arboleda, saltando desde el talud a la carretera.

Veía a dos campesinos. Pantalones de pana, botas de granjero y camisas de lana, a cuadros rojos y azules.

—Salud, buena gente. Perdí mi plano, y creo que me he extraviado.

En su rostro demacrado, la hirsuta barba pregonaba que, durante varios días con sus noches, no tuvo un momento de respiro, que le permitiera afeitarse.

—Me dijeron en Friedorf que esta carretera conduce a la general de

Frankfurt.

—¿Desde cuándo se desplaza la Infantería por escuadras? —preguntó Braun.

—Mira, granjero, tengo arrobas de sueño atrasado sobre los lomos. Mis compañeros y yo daríamos lo que no tenemos por unas horas de ronquidos a cubierto, y con el buche lleno. Me llamo Hayden. Ladislav Hayden.

Batió los párpados y añadió nuevamente:

—Perdí mi plano, y creo que me he extraviado.

—Cosa de ochenta leguas —rió Klement—. Por esta vereda habríais llegado al balneario de Helborn para viejas reumáticas.

—No nos vendría mal el balneario —gruñó Hayden—. Oriéntanos y, si podéis, dadnos algo sólido para masticar.

Braun ofreció:

—Una hogaza de pan por tripa, leche tibia para enjugarse las muelas, y paja tierna para revolcarse soñando, cabo Hayden.

Los alucinados ojos del cabo se enternecieron, y se pasó la lengua por los labios agrietados.

—¡Carape! Aunque «espichemos» por falta de costumbre, vayamos al asalto de estas delicias.

—Si os quedan riñones para imitar a las cabras, seguidnos. A cosa de media legua, hay un palacete fantástico.

El cabo lanzó una orden entusiasta, y los cinco soldados se pusieron en pie, fatigosamente, rezongando entre dientes. Eran organismos derrengados, pero latía aún en ellos la fibra de la innata disciplina.

—Yo voy delante para rapiñar la pitanza —dijo Klement.

La escuadra escaló el talud, siguiendo al cabo, que, emparejando su paso al de Braun, comentó:

—Tú eres un chambón. Enterito, bien comido y mejor dormido. ¿Cómo es que nos estás echando los bofes como nosotros?

—Los eché hace poco. Igual que Hans. Nos quedan cinco días de permiso. Fuimos supervivientes del 147 de la Sexta.

—¡Carape! Yo estaba con el 66, atrincherado en la vertiente sur, cuando os zumbaban de lleno. Del 66 quedamos unas docenas. Y en la frontera francesa, cuando pensaba que nos acoplarían a otro batallón, dieron la orden más cochina que cabe imaginar.

—¿Cuál?

—Formar compañías con los recuperados de todos los batallones que la metralla dejó en cuadro. Nos fueron metiendo por secciones, en toda clase de trastos con cuatro ruedas. Destino: Frankfurt. Para distribuirnos en línea defensiva, cuando llegásemos a la ciudad salchichera.

Atrás, los cinco soldados iban agarrándose a los salientes naturales de la empinada pendiente. El cabo Hayden tuvo que callarse, atento a

conservar el equilibrio y poder avanzar.

Cuando el terreno se hizo más practicable, se divisaba ya la cabaña.

—Nuestra sección iba en el último cacharro —reanudó Hayden—. Los zumbadores volaron a ras, dando pasadas de las de órdago. Fue un abuso. Los transportes delanteros ya habrán llegado a Frankfurt. Los medios recibieron casi todos los balonazos, y los zagueros aguantamos lo que pudimos. Mi escuadra supo cubrirse a tiempo y esquivar los pepinazos, a base de gambeteo, salto y estirada. Cuando se callaron las salvas, os encontramos solos. Perdí mi plano y aquí estamos.

—Hasta el próximo partido de fútbol, ¿eh? —masculló Braun. En el interior de la cabaña-establo, el cabo Hayden ordenó:

—¡Rompan filas! Reposo total. Y oído al parche. El que sea tan blandengue como para echarse a dormir, se queda sin rancho.

Uno se tendió boca abajo sobre un montón de heno, removiéndolo a brazadas y hundiendo el rostro entre las aromáticas briznas.

Hans Klement apareció, abrazado a un voluminoso barril. Lo depositó en el suelo y, alzando la tapa, preguntó:

—¿Fajina cuartelera, cabo, o al voleo?

—A toda marcha —rió Hayden. Ignoraba que, aun riendo, tenía un aspecto siniestro. Lanzó Klement una hogaza, que un soldado atrapó al vuelo. Tras el reparto de hogazas, los soldados fueron cazando al aire las blancas bolas de queso rezumante.

Y seis seres humanos, perdido todo control, devoraban con la concentración de fieras hambrientas. En ruidosas masticaciones, babeantes, suspirando de placer animal, ojos en blanco.

Gunter Braun, sentado en el hacinamiento de troncos aserrados, sintió deseos de imprecicar, maldiciendo a los que habían hecho de robustos soldados alegres, famélicos seres, entristecidos y agotados.

El cabo Hayden, entre dos bocados, se excusó:

—Llevamos dos jornadas a base de trocear tres latas de sardinas entre todos. La culpa fue del plano que se me perdió, carape.

Klement, llevando una jarra metálica bajo el brazo, la iba inclinando, vertiendo leche espumosa en un jarro de loza.

Los soldados bebían con místico deleite.

Por fin, fueron tendiéndose, removiendo el cuerpo hasta hundirse en la paja. Iban aquietándose sus facciones.

Hans Klement sopló suavemente en su armónica. Una canción de cima. Sus ojos claros, siempre rientes, rebosaban tristeza.

La canción de cuna había sido adoptada por los batallones de Infantería, una letra especial, malsonante, para vencer la nostalgia de la musiquilla.

El cabo Hayden, levantándose, vino a sentarse al lado de Braun. Bostezó.

—Se agradece el condumio. Bueno, no quisiera que crean que soy un pipiolo. Por el camino ya busqué algún vehículo para requisarlo, pero todo está requisado. Tendremos que seguir a pata limpia. ¿Estamos seguros aquí?

—Si no os dais coces entre vosotros...

—Decían que había divisiones infiltradas muy adentro.

—No vendrán aquí. No hay objetivos en esta comarca.

—Estupendo, entonces. No tendré que montar guardia mientras duermen mis borricos.

Unas horas de sueño, y se quedarán como nuevos. Yo también.

—¿A qué hora quieres que toque diana?

—Hombre, ya que eres tan simpaticote, me das un afectuoso puntapié a eso de la medianoche —suspiró Hayden, mirando su reloj.

Eran las siete de la tarde.

—No seas bestia, mi cabo —rió Klement—. Por este cerro, la medianoche es una hora sagrada y roncada.

—Bueno... Naturalmente, no quisiera sacrificar vuestro sueño... ¿Os parece bien que me despertéis a las cinco de la madrugada?

—Fantástico. A las cinco cantará el gallo, mi cabo —susurró Braun.

Ladislav Hayden, como un borracho que ve cercano el firme asidero, se tambaleó en su carrerilla hacia un montón de paja, donde cayó de bruces, con un prolongado suspiro de éxtasis.

Capítulo XI

LOS ronquidos de la escuadra tenían una rítmica sonoridad, que delataba el largo tiempo de sueño inquieto.

Braun, cejijunto, comentó:

—Retirada general hacia la línea Moltke, ¿te das cuenta, Klem? La última defensa.

—Freiburg, Karlsruhe, Mannheim y Frankfurt, los cuatro bastiones que, según los técnicos de Berlín, serían los puntos de arranque de la larga línea que impediría al enemigo penetrar en suelo alemán. Una línea inexpugnable... formada por equipos de seis futbolistas como Hayden y sus compadres.

—Los de Berlín no saben perder. Quieren resistir hasta el último Hayden. Prolongando una agonía. Inútilmente... Esto es no saber perder. Esto es tener el seso derretido.

—Déjales a unos y otros con sus pejugueras. Yo despertaré al cabo. Vete a cenar con la corderita. Allá, a solas, los dos hermanitos tendrían miedo de los crujidos de la madera.

Gunter Braun, al entrar en la cocina de la granja, distendió el semblante. Moise ayudaba a Milena a distribuir los platos y cubiertos sobre el mantel de hule con florecillas impresas.

—Pon la sopa, patrona —sonrió Braun—, Huele fantástico. Milena trajo la sopera.

A la primera cucharada, sabiéndose observado con anhelo, en espera de su dictamen, Braun puso cara de embeleso:

—Un caldo fantástico, Jefa. Eres una *hausfrau* de primera. La satisfacción se plasmó en el semblante de los hermanos.

Y la serenidad infantil retornaba progresivamente en el tranquilo sueño de Moise Goldberg, sobre los blandos colchones de la cama rústica.

En el banco de la cocina, ante el rescoldo del fuego, Milena Goldberg presentía algo amenazador para su actual felicidad, en el largo silencio del que, por fin, habló:

—Mañana, al amanecer, tengo que irme.

Temblaron los gráciles hombros femeninos. Los enlazó Braun.

—Klem seguirá con vosotros, y algún día regresaré, Milena. No digas nada. No puedes comprenderlo... Si no los hubiese visto... Pero ahora, si

me quedase, ya nunca más podría dormir tranquilo. Mi conciencia pincharía como un cardo.

Inclinando el semblante, se esforzaba por no llorar.

—Los he visto luchar conmigo... Los vi hoy... Seis mozos jóvenes en años, y parecen cincuentones cascarrabias, exhaustos y sintiéndose burlados. No se les ocurre enterrar sus armas. No, no... Hambrientos, reventados y sin esperanzas, siguen caminando, siguen cumpliendo con lo que —ellos creen que es deber de todo soldado. Y sentí mucha vergüenza ante ellos. No puedo abandonarles. Son mis compañeros.

Se asestó un puñetazo en el pecho, añadiendo con honda sinceridad:

—¡Dios! Debimos nacer todos alemanes, Milena. Así nunca habría guerra, ¿comprendes? Una sola raza en el mundo entero, la mía, y siempre reinaría la paz y la felicidad.

—La paz y la felicidad, Gunter, la llevamos nosotros dentro... No importa de la raza que seamos...

Y Milena Goldberg dejó fluir el llanto. Mansamente. Apretó Braun más su enlace de los hombros temblorosos.

—Vamos, vamos, chiquita... Guando yo vuelva ya estarás más llenita. Serás como Henrietta, y si por entonces, no te salió novio...

—Yo esperaré siempre. Has sido el único bueno... Los demás eran crueles, mataban, nos perseguían...

—Un momento. No eran soldados, ¿eh?

—Tú nos salvaste a Moise y a mí.

—Klem también es tu amigo.

—Sí, pero tú... —y se abrazó al torso masculino—. Quédate. No te vayas.

Acarició él los cabellos castaños, y se desprendió de los delgados brazos. Apoyó las dos manos en los gráciles hombros y, con infinita ternura, rozándolos como si temiera mancharlos, besó los labios trémulos.

—Esta es mi promesa de regreso, mi chiquita buena y bonita. Con Klem y Henrietta estás a salvo. Come mucho, te acuestas pronto, como las gallinas, y te despiertas con el gallo. Echa un poco de carne sobre tus lindos huesos, y así cuando vuelva yo... podré abrazarte, sin temor a quebrarte... Eso es... Ríe, chiquita mía... Cierra los ojos y calla. Una mujercita callada y obediente es mi ideal de esposa. Tú serás la realidad de mi ideal. Cierra los ojos. Silencio. Y sueña, sueña al compás de mis sueños.

Cerrados los ojos, crispaba ella las manos entrecruzadas en intensa plegaria. Gunter Braun abandonó aquel refugio, donde alentaba el cariño puro.

En la cabaña del leñador, los ronquidos eran menos sonoros, más sosegados. Hans Klement miró, receloso, al que, sentándose a su lado,

dijo:

—Vete a hacerle compañía a tu Rietta. Yo despertaré a Hayden.

—Tienes algo que te tortura. Se nota en tu entrecejo. Comprenderás que a mí no me vas a venir con disimulos y tapujillos.

—Te cuidas de Milena y el chaval. Yo me voy con estos desgraciados.

—Me lo estaba olisqueando. Voy a recordarte tus palabras, soldado Braun. Y te hablo en serio. ¿Ya no recuerdas? «Si hemos decidido acabar la guerra por nuestra cuenta, y dar quince días de vida a Braun y larga existencia a Klement, luego no nos echemos atrás ni nos rajemos.» Estas fueron tus palabras. Y ahora, yo te digo a ti... Si los que no son arios avanzan y arrollan a razón de cien contra uno, ¿qué pretendes con ser este uno?

¿Qué vas a conseguir con ello? ¿Por qué? ¿Para qué?

—Cuando decidí tomarme quince días de vida, estábamos en la frontera, Klem.

Ahora... Los otros penetran en nuestra tierra.

—Y antes les hicimos la misma faena. Ayer nosotros, hoy ellos. Siempre no va a ser la ley del embudo. Tú mismo dijiste que hay que saber perder. Escucha y, por una vez en mi vida, déjame ser serio.

—No te sienta. Naciste para ser feliz.

—¡Y un cuerno! Nací como tú, dispuesto a tener la valentía de agarrar a la vida. Sí, caballero Braun... Ya fuiste héroe. No seas ahora un loco imbécil rematado... Ir a bregar uno contra cien, cuando se posee una esperanza, no tiene perdón. Ya posees un limpio manantial en que abreviar tu sed de ternura. Ya tienes alguien en quien creer plenamente. Yo creo en la vida sana, en el trabajo saludable sin patrón, junto a una esposa como Rietta. Tú llegarás a la misma fe, junto a Milena.

—Te quiero mucho, Klem, y te echaré de menos. Pero ni tú, mi único amigo, podrás convencerme de que me quede, cuando otros infelices, como éstos, van a la deriva... No insistas, Klem, por favor. Te lo pido en nombre de nuestra firme amistad.

—Ya que así lo has decidido... —y levantándose, añadió Klement—: Me chinchas despedirme. Voy a largarme, como si nada... Ojalá te vuelva el buen sentido y des medía vuelta, a la que te alejes unas leguas del cariño de la corderita.

—Me voy tranquilo, Klem, porque el cariño de Milena me llena el alma y nuestra amistad nunca morirá.

—Ya... Pero prefieres hacerte machacar con música wagneriana, a todo bombo y platillo. Yo prefiero los trinos de los jilgueros y los mugidos de las vacas fieles. Feliz retorno, caballero Braun.

Y Klement simuló un saludo militar.

Cerró Braun los párpados. Klement abandonó la espaciosa cabaña.

Hacia las cuatro de la madrugada, Gunter Braun había desenterrado

el fardo. Los seis durmientes seguían sumidos en el mejor de los mundos. A las cinco de la mañana, el cabo Hayden al sentir el roce de una bota en su costado gruñó, masticó y, al quedarse sentado, se frotó los ojos. Al incorporarse, olfateó con expresión arrobada:

—¡Carape! Café de verdad.

Se aproximó al empotrado hornillo, junto a cuyas brasas, un colador destilaba su aromático jugo negro en la cafetera.

Hayden miró con asombro al soldado que señalaba un tazón rebosante de mantequilla y la fuente repleta de tajadas de pan de centeno.

—Debí estar taponado, ¿o te oí decir que te quedaban cinco días de permiso?

—Me los anulé.

—Muchacho, piénsalo, carape...

—Pensado, masticado, rumiado y digerido.

Sorbiendo café Hayden fijaba la vista en el cierre de la camita militar del soldado Braun. Un descolorido en forma de cruz, porque el sol había encontrado allí un obstáculo para ir destiñendo el tejido.

—¿Cómo dijiste que te llamabas? —inquirió Hayden.

—Braun, Gunter Braun.

—¡Carape! Tú eres el Braun, del 147, que fue condecorado por...

—Olvídalo. Pero lo que no has de olvidar es que voy con tu escuadra, pero agregado, no incrustado, ¿conforme?

—Hombre, claro. Me sobra con tener que pastorear a mis cinco mastines. Si yo tuviera una Cruz de Hierre, no me la quitaría ni para bañarme.

El soldado Braun extrajo del bolsillo de la guerrera la cinta y la condecoración. Al ceñirla al cuello, oyó el chocar de los tacones del que saludaba marcialmente, rígido. Masculló Braun:

—Baje la pata, mi cabo. Dejémonos de ceremonias. Y diles a tus cinco esclavos que me doy por saludado. Que no chinen con taconazos y demás florituras.

Hayden fue a despertar a su escuadra.

Braun salió al exterior, contemplando la línea gris que a lo lejos preludiaba el próximo amanecer.

Se envaró al oír la musiquilla de una armónica aproximándose.

Hans Klement, uniformado, se guardó su armónica al llegar frente a Braun.

—Cantó el gallo y me acordé de pronto que ahí dentro escondí mis herramientas de trabajo: tirador, el abrelatas y el cubrecoco, además de las cananas de perdigones.

—Hazme el pajolero favor de dar media vuelta y dejarte de

majaderías...

—Conste que no es que voy contigo ni que estás conmigo. Lo que me pasa es que he soñado que iban a firmar el armisticio. Y ya que estuve cuando las castañas, me toca el reparto de cariñitos. Todos a darnos besitos y a casita. Esto no me lo pierdo yo, soldado Braun.

Rió en relinchos. Braun sonrió, conmovido. Dijo secamente:

—Eres mayor de edad, ¿no? No te vendrá mal perder un poco de grasa.

* * *

El cabo Hayden alzó una mano y aguzó el oído. Su escuadra, deteniéndose, percibió también el lejano rumor procedente del oeste.

Más tarde, Klement, colocado el fusil en horizontal sobre los hombros, lo asía por el cañón y el portagatillos, como un cayado de pastor.

Por el camino descendente, se divisaba la extensa llanura de Fridborg, y el curso líquido del Kinzig deslizándose hacia Frankfurt.

Braun tocó en un codo a su compañero, y ambos se detuvieron.

Más allá, a unos doscientos metros de la carretera general que enlaza el centro del país con Frankfurt, el cabo Hayden acababa de ordenar cubierta completa.

Braun y Klement abandonaron el camino, fueron a sentarse bajo la frondosa copa de un roble. Reclinados contra el tronco, oteaban el horizonte. La primera bandada de aves metálicas volaba pesadamente, muy alto. La segunda, más rasante, evolucionaban como los halcones en busca de presa.

—Ya se permiten el lujo de enviar cazas en pleno día.

Soy ecuánime, pero los bombardeos y sus monaguillos, me envenenan la sangre.

—Porque eres un piojoso infante, Klem. Van cuatro oleadas.

—A vista de pájaro, unos trescientos aviones. Y se da la chinchorrera casualidad que ninguno lleva nuestra insignia. Ninguno es ario. ¿Dónde estarán nuestras llaves, matarile, rile, ron?

—Convertidas en chatarra.

El zumbido de los motores persistía en continuo alud celeste. La RAF británica lanzaba sus escuadrillas de caza destinadas al martilleo preliminar de las carreteras, mientras los bombarderos norteamericanos progresaban en su avance hacia Berlín.

—Ahí van, Klem. Tan frescos, como yendo a una merendola —rezongó Braun.

—Sí, pero se juegan el bigote, caray. Apenas el cabo Hayden dé la

orden de abrir fuego graneado y a tutiplén, caerán aviones como tordillos fritos.

—Este chiste no tiene gracia.

—Ni me la hace.

Pasó la última bandada de sembradores de destrucción.

El cabo Hayden y su escuadra caminaban ya por la carretera. Cuando Braun y Klement pisaban la grava alquitranada, la escuadra desaparecía en el próximo viraje.

Y vieron a unos quinientos metros el hormigueante despliegue.

Los blindados avanzaban por la carretera, en fila india. Sin prisa. A la izquierda, la llanura se moteaba con las hileras de tanques, entre los cuales, la Infantería aliada caminaba en columna interminable.

—El cabo no acierta una —comentó Klement—. Quería ir a Frankfurt y si no topa con nosotros, llega al Báltico. Ahora se emperó en coger el camino más corto y se da de narices con una división acorazada de masticadores de chicle.

—Dan por hecho que el bastión Moltke es puerca pacotilla. Nosotros pensábamos que era verdad —dijo Braun, sombrío, mientras regresaban al camino lateral, que se perdía loma arriba.

—Nunca te fíes de las promesas de los políticos, ciudadano Braun. Mienten, inventan y te embarcan.

Entre la arboleda, a quinientos metros de la carretera, el cabo Hayden paseaba furibundo entre sus cinco subordinados que maquinalmente, por hábito y deformación profesional, se habían distribuido a razón de uno tras cada tronco.

—No me importa lo que rebuznéis —afirmaba Hayden—. Sea como sea, tenemos que presentarnos al puesto de mando. Esta es la orden y de ahí no me apea nadie.

—Permiso —solicitó uno de los soldados—. Lo que ha dicho Giessen es sensato. Los otros ya han rebasado la supuesta línea defensiva. Han ocupado Frankfurt o no avanzarían tan tranquilamente.

—Permiso —dijo otro de los soldados—. Yo digo lo que Giessen. No quiero ser prisionero de guerra. Y lo seremos si vamos al oeste, que está en poder enemigo.

—¡Pasarán solamente unos cuantos infiltrados cretinos! —aulló Hayden—. Y ya veréis cómo luego caen en una bolsa y no quedará ni el rabo.

Era lastimoso, pensó Braun. Le faltaba ya convicción a Hayden. Aullaba para disimular que también la desmoralización se filtraba en su ánimo.

Hayden le interpeló:

—Tú no eres de mi escuadra, soldado Braun. Diles a estos borricos que el avance en cuña es una de tantas meteduras de pata y que los

barreremos apenas se reorganicen nuestras líneas... Díselo a ellos.

—Yo, «manco» —afirmó con el léxico del frente, que significaba abstenerse de opinar—. Klem y yo venimos de observadores y agregados independientes. Cuando la columna pase de largo, veremos más claro el horizonte.

Durante dos largas horas, el zumbido de los motores y el crujido de las cadenas, inundó la carretera y la llanura.

Después, resonaron lejanos los estampidos de fácil identificación: baterías de artillería disparando sin réplica.

—Machacan Bad Homburg —anunció un soldado—. Lo poco que queda de Bad Homburg.

—Tú eres muy listo, Giessen —refunfuñó Hayden.

—No mucho, pero tengo orejas y pupilas. El humo surge exactamente de allá —y tendió el fusil hacia un punto semejante a una masa de cráteres en erupción.

Bad Homburg era la línea atrincherada que debía defender el paso entre Offenbach y la ruta hacia Berlín.

Ladislav Hayden fue contemplando a los que se iban acercando a Giessen, que manifestó:

—Ya no hay puesto de mando, mi cabo. ¿Adónde vamos a ir? Yo, a mi casa. Usted no pretenda impedírmelo, porque no estaría bien. Sería abusar. Ya estamos hartos de jugar a la gallinita ciega.

Giessen miraba de vez en cuando hacía Braun y Klement, que con aparente indiferencia, se habían colocado a cada lado del cabo.

—Si te vas, Giessen, es desertar. ¿Te enteras? —silabeó Hayden.

—Me voy a casa, porque ahora... ¡óigame bien, mi cabo! ahora, es mi casa la que voy a defender. Y en ella tengo a lo único que cuenta más que mi patria... Porque, porque...

Y rabiosamente, tiró Giessen su fusil al suelo.

Su voz, repentinamente temblorosa y enronquecida, producía malestar. Era la voz de un hombre a punto de estallar en furioso llanto.

—¡Voy a mi casa... a defender a mi gente, a los míos! ¡Maldito sea el día en que nos abandonaron... como a perros sin amo! ¡Maldita sea, maldita sea!

Y alzaba los puños, sacudido el pecho por roncós sollozos.

Ladislav Hayden elevó la vista al cielo. Se persignó. Avanzando, recogió el fusil tirado por Giessen, tendiéndoselo:

—Llévatelo, Giessen, muchacho... Por si te hace falta. Los demás... también quedáis libres de toda obligación, porque habéis cumplido con vuestro deber. Yo renuncio a ser el responsable de una escabechina estúpida e inútil. Os licencio. Yo os licencio.

Uno tras otro, los soldados fueron alejándose, en distintas orientaciones. Ladislav Hayden miró alternativamente a los dos

agregados:

—Giessen era un buen bruto, noble y cumplidor. Tiene razón... Como perros sin amo. Si he hecho mal, al licenciarlos, que me pida cuentas Dios. ¡Nadie más! ¡Y que el infierno se trague a los culpables de nuestra derrota!

Le vieron partir con paso titubeante. Encorvado, como si soportarse el peso agobiante de la amarga desilusión.

Klement arrancó un tallo de hierba. La saboreó complacido. Braun insertó el acero en el portabayonetas. Dijo:

—Giessen es de Wolsberg. Tiene un acento curioso y la fama de hablar poco, pero a tiempo. Defendió la patria hasta que... el propio Hayden, que se detestó leyendo el Código Militar, reconoció que la vuelta al hogar es el deber que se impone. Lo contrario, sería desertar.

—Y donde manda cabo, se chinch a el soldado —rió Klement jubiloso.

Imitó los gestos de Gunter Braun, que, alzando el fusil, lo viraba, hincándolo en hondo bayonetazo en el blando suelo.

La culata hacia el cielo, vibraba gimiente.

Se quitó el correa y lo colgó de la culata. Encima encasquetó el casco.

—La guerra acabó, soldado Klement. En casa nos esperan. Echando a andar, loma arriba, añadió Braun:

—Y hemos ganado, Klem. Hemos ganado un hogar. Teniéndote por vecino, ¿qué puedo pedirle más a la vida? Hogar, amor y amistad. Amén.

La armónica acompasaba con alegres arpegios triunfales la rápida marcha de los dos ex soldados.

Y a medida que iban ascendiendo, el aire exhalaba su más pura fragancia.

FIN



Las mejores obras
"SUSPENSE"
Y POLICIACAS
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España